

LA NOVELA EN EL SIGLO XIX. LA CONSTRUCCIÓN DE UN IDEAL DE NACIÓN
A PARTIR DE *DOLORES Y TERESA LA LIMEÑA*, DE SOLEDAD ACOSTA DE
SAMPER

OLGA LUCÍA FORERO ROJAS

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS
BOGOTÁ, JULIO, 2010

LA NOVELA EN EL SIGLO XIX. LA CONSTRUCCIÓN DE UN IDEAL DE NACIÓN
A PARTIR DE *DOLORES Y TERESA LA LIMEÑA*, DE SOLEDAD ACOSTA DE
SAMPER

OLGA LUCÍA FORERO ROJAS

TRABAJO DE GRADO

Presentado como requisito para optar por el
Título de Profesional en Estudios Literarios

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS
BOGOTÁ, JULIO, 2010

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

Joaquín Emilio Sánchez García, S.J.

DECANO ACADÉMICO

Luis Alfonso Castellanos Ramírez, S.J.

DECANO DEL MEDIOUNIVERSITARIO (E)

Luis Alfonso Castellanos Ramírez S.J.

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA

Cristo Rafael Figueroa Sánchez

DIRECTORA DE LA CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

Liliana Ramírez Gómez

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO

Jaime Báez

Artículo 23 de la resolución No. 13 de julio de 1946:

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

*...que cualesquiera diga, publique e imprima cuanto le
de la gana, teniendo en consideración, que a las
palabras se las lleva el viento, y los escritos
permanecen, y se transmiten a todos los tiempos, a
todos los países, y a todas las naciones.*

Vicente Roxas, Santafé

7 de septiembre de 1814

Tabla de contenido

Introducción	8
Parte I.	
El siglo XIX, entre disputas y letras	13
1.1 La Historia	13
1.2 El romanticismo en Nueva Granada	21
1.3 La prensa en el siglo XIX, el criollo y la escritura	26
Parte II.	
Detrás de la letra	32
2.1 Europa y América Hispana, en busca de un nacionalismo	32
2.2 La novela en el siglo XIX	35
2.2.1 Amor y Nación en la novela	43
2.2.2 Personajes	47
2.3 El presente exige un pasado	51
2.4 La prensa al servicio de la literatura	54
2.4.1 <i>El Mosaico</i>, la configuración de una propuesta nacional	58
2.4.2 Escritores y editores	63
2.4.3 Recepción	67

Parte III	
Mujeres al servicio de la Nación	73
3.1 Dolores (<i>El mensajero</i>, 1867)	73
3.2 Teresa la limeña (<i>La Prensa</i>, 1868)	80
Conclusiones	93
Bibliografía	98

Introducción

Muchas veces, cuando se lee un cuento o una novela, un lector desprevenido puede pasar por alto la importancia que reside en las hojas que acaba de observar y pensar que ese libro que tiene en las manos le brindó no más que ratos de entretenimiento o tal vez tranquilidad. Sin embargo, en una obra escrita reposa más que esto, y aunque en la actualidad la literatura es pensada como mero acto de distracción (sobre todo lectores no expertos en el tema), casi dos siglos atrás las letras adquirieron tal importancia que formaron, o al menos lo pretendieron e intentaron hacer, la nación en la que vivimos hoy en día. Una novela es más que una historia de amor y en el siglo XIX supieron sacarle provecho a ello.

La guerra independentista de comienzos de 1800 fue devastadora tanto para españoles como para pobladores americanos. Tras la derrota y expulsión de chapetones y con ellos de la Corona española, los criollos quedaron a la cabeza de un territorio que soñaron en convertir en una verdadera Nación, soberana e independiente de cualquier ente de poder que no estuviera en sus propias manos americanas. Y a pesar de los difíciles y mortales enfrentamientos ya habían sido superados, tras el fracaso del sueño de Bolívar de la Gran Colombia los criollos entendieron que lo más complicado apenas empezaba: la construcción de dicha nación colombiana.

Aunque la independencia era ruta necesaria para algunos, resultó ser un mal camino para otros. Este desacuerdo generó una división interna entre patriotas y realistas quienes lucharon arduamente durante diez años, desde el 20 de julio de 1810 con el Grito de Independencia, cuando apenas se siembra la semilla de la verdadera liberación, hasta el 7 de agosto de 1819 cuando el ejército realista finalmente es derrotado por los patriotas, encabezados por Simón Bolívar, en la famosa Batalla de Boyacá. Fue un proceso largo y complejo en el que influyeron situaciones criollas (la Rebelión de los Comuneros) y otras aparentemente ajenas a este territorio (la Revolución Francesa y la posterior declaración de los Derechos del Hombre, la invasión francesa a España y el derrocamiento de Felipe VII),

pero que igualmente repercutieron en los pensamientos y acciones de los americanos para finalmente lograr su total emancipación.

Este hecho modificó muchos de los aspectos que rodeaban el mundo americano y entre ellos la literatura. La lectura (novelas, poesía, etc.) fue beneficio de pocos durante el siglo XIX ya que casi nadie sabía leer y la educación, por ejemplo, estaba restringida a hombres blancos de familia con buena fortuna. Además, el mundo de la imprenta estaba canalizado a la publicación cristiana con un único fin evangelizador. Sin embargo, la guerra independentista le dio al mundo de las publicaciones un nuevo campo cuando el medio político empezó a extenderse con la impresión de folletos o periódicos al servicio de ideales patriotas o realistas, y posteriormente, liberales (federalistas) o conservadores (centralistas). Así, las temáticas fueron ampliándose lentamente y a comienzos de la década de los cuarenta el mundo literario hace pacto con el político y se inserta en la vida del neogranadino a partir de la publicación constante (por folletines) de poesía, teatro y novelas tanto propias como extranjeras.

La importancia que fue adquiriendo la literatura fue tan grande que incluso algunos periódicos se fundaron a partir de la intención de publicar alguna obra. Los editores tenían el poder, escogían las obras que llegarían a cientos de lectores y en un tiempo en el que la política iba de la mano con las letras y liberales y conservadores debían disputarse cada uno de sus seguidores, la prensa tenía una labor fundamental. Además, era normal que quien editaba era el mismo que escribía y gobernaba, distintas funciones, pero igual de prestigiosas, lo que hacía de estos personajes una parte exclusiva de la sociedad neogranadina: una élite intelectual criolla.

Ser parte de la élite no era cualquier cosa y para serlo debían cumplirse ciertos requisitos. Se trataba de un grupo totalmente hermético al que se ingresaba desde el mismo nacimiento, la pureza de sangre que decían tener los criollos justificaba el rechazo de cualquier otra raza, pero incluso esta característica no era suficiente, puesto que la fortuna de la familia era parte elemental en la selección, la cual a su vez aseguraba una rica educación, finos modales y costumbres exquisitas, casi siempre imitación de las europeas.

La escritura se convirtió en una labor común a esta élite y la calidad de su producción obedecía, al contrario de quienes no tenían los mismos recursos económicos, a su buena educación y la posibilidad de viajar dentro y fuera del continente, lo que les permitió conocer culturas nuevas, tradiciones extranjeras, pero sobre todo, les dio la fortuna de acercarse a la literatura europea que tomaron por modelo. Así, los criollos empezaron a debatirse entre dos grandes corrientes, la clásica y la romántica, las cuales no solo publicaron constantemente, sino que intentaron copiar, algunas veces con éxito.

La corriente romántica también tocó la escritura de Soledad Acosta de Samper, cuyas obras se estudiarán en este trabajo, puesto que es común encontrar en sus escritos referencias a lo natural como espacio de sosiego, una característica que el primer capítulo explicará de manera detallada.

Acosta participó en diferentes periódicos y publicó varias obras, entre ellas, cuadros de costumbres. Y aunque era complicado para la mujer de entonces ser parte de este mundo letrado que finalmente estaba conectado con el político, Acosta (y otras mujeres también) hizo todo lo posible para no quedarse quieta en el proceso de construcción de Nación que se estaba dando. La literatura fue su aporte a la Nación y a través de su escritura colaboró en la elaboración del discurso nacional que la Nueva Granada urgentemente pedía tras la Independencia.

Este discurso decía quiénes hacían parte de esa nueva Nación y exponía ideales de comportamientos en los que las costumbres y tradiciones propias algunas veces eran eliminadas para ser reemplazadas por extranjeras, las cuales seguían el modelo europeo. En cuanto formas de vestirse, por ejemplo, la élite siguió primero el modelo español para luego pasar al inglés y francés, y de manera similar sucedió con la literatura, cuando en un primer momento propuso seguir modelos españoles como el de *El Quijote de la Mancha* con el objetivo de conservar el lenguaje puro español considerado entonces el más culto, una tarea en la que falló y así lo demuestran artículos de periódicos de la época en los que se critica la pobre escritura propia.

Para la construcción y posterior transmisión del discurso la élite buscó un medio en el que el lector lograra una real apropiación de los escritos, y si la prensa daba la oportunidad de llegar a cientos de lectores, no era suficiente para lograr esto. Es así que hacia comienzos de la década del cuarenta del siglo XIX la novela empieza a perfilarse como el mejor canal para atrapar al lector y difundir el ideal nacional que este grupo de intelectuales criollos quería imponer. De esta manera, a partir de los cuarenta inicia la constante publicación periódica en prensa de novelas criollas entre las que se encuentra *María* de Jorge Isaacs, que se vuelve quizás la obra colombiana más representativa de la escritura de este siglo, así como *Manuela* de Eugenio Díaz (publicación anterior a *María*), que da lugar a *El Mosaico*, una nueva publicación exclusivamente literaria que nace en 1858 y rápidamente se impone y sobresale ante las demás por ser clave para la vida intelectual criolla. Es importante recalcar la participación en ésta de reconocidos políticos y grandes escritores como Acosta de Samper.

El Mosaico fue sin duda un fenómeno que afectó la vida literaria e intelectual criolla. La labor de quienes hacían parte de éste no se limitó a la mera publicación semanal sino que se amplió a la creación de un grupo exclusivo de tertulias, y así, ambas actividades lograron darle a la cultura un lugar preponderante en la Nación que se estaba construyendo. Es por ello que el capítulo dos dedica varias páginas para explicar de qué se trataba específicamente este grupo y cómo su aparición en la vida neogranadina modificó y colaboró en la percepción de la literatura.

Y es que en el siglo XIX leer implicaba más que pasar un rato de ocio, una idea que actualmente rige muchas cabezas. Leer era una tarea trabajosa, requería atención y disciplina y es por ello que la visión que los neogranadinos tenían de la literatura era muy diferente a la actual.

La novela de costumbres, que entonces fue el género que se impuso (aunque la publicación de novelas históricas también fue común), describía paisajes y relataba costumbres y tradiciones que el lector encontraba como propias, lo que le daba vía a la identificación lector-obra y así a la posterior apropiación. Asimismo, esta forma de escribir

abría la puerta a lectores extranjeros para conocer, y quizás reconocer, este territorio que buscaba nombre y posición en el mundo entero.

Sin embargo, lo más importante de la novela del siglo XIX, en la que el costumbrismo influyó fuertemente, y su utilización para la construcción nacional radicó en la historia de amor. Doris Sommer (2004) en *Ficciones fundacionales* trata este tema y expone cómo la pasión del amor en la novela se equipara a la pasión por la Nación. Según ella, el frustrado amor de los amantes conducía al lector a imaginar y entender como posible una nación en la que dicho amor pudiera finalmente darse, un espacio en el que los vicios, que los escritores disfrazaron en personajes y así criticaron, fueran derrocados con las virtudes de los protagonistas y héroes de las obras.

Las obras de Acosta, particularmente *Dolores*, publicada en 1867, y *Teresa la limeña*, en 1868, hicieron parte de este proyecto nacional en la medida en la que narraron amores que no lograron un final feliz, impusieron un modelo de comportamiento, que tomó forma en la heroína, criticaron los vicios de la sociedad, a partir de personajes como don Basilio o Rosita Cardoso, y describieron rasgos propios del territorio y la población. El último capítulo se dedica a explicación precisa de estos elementos.

Este trabajo busca dar a conocer la importante labor que adquirió la literatura durante el proceso de formación de la Nación colombiana, y así demostrar que la función de una novela o un poema es más que el solo entretener puesto que plasma lo que hace *ser* a una sociedad, lo que la compone, su gente, sus tradiciones, dando la oportunidad de conocer un espacio sin necesariamente estar presente en él. Asimismo prueba, como lo quiso esta investigación, que la literatura puede también proponer e incluso imponer formas de comportamiento y de *ser*, modificando tanto lo que nos rodea como lo que somos.

Parte I

El siglo XIX, entre disputas y letras

Durante el siglo XIX la literatura se hizo un elemento clave para la construcción de un discurso que la naciente patria colombiana requería con urgencia para poder establecerse como una verdadera Nación. Pero para aproximarse y entender este hecho es necesario primero ver de cerca los eventos sociales, políticos y culturales que tuvieron lugar a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX y que repercutieron en el mundo de las letras de manera trascendental, una tarea de la que se encargará este primer capítulo.

1.1 La historia

El siglo XIX es una etapa trascendental para la historia de la nación colombiana. Tras el descubrimiento de América el 12 de octubre de 1492 España pasa a tener control total y absoluto de Centro y Suramérica, y la tierra del indígena, sagrada para él, se convierte en objeto de ambición para el español. América es entonces invadida por cientos de peninsulares hambrientos de oro y de poder, quienes a lo largo de tres siglos se apoderan de la tierra, la riqueza e incluso del mismo indígena, a quien bajo la máscara de la idea del hombre civilizado le cortan sus raíces, borran de su historia sus tradiciones y creencias, y lo hacen su esclavo: ahora trabaja la misma tierra pero ya no le pertenece.

Con la llegada de los españoles llegan también a América hombres de diferentes partes del mundo generando nuevos grupos raciales y entre ellos surge el criollo, hijo de españoles a quien el pecado de haber nacido en este continente lo marcaba de manera negativa ante los ojos del español. El criollo si bien gozaba de beneficios como ninguna otra raza lo hacía, a excepción por supuesto de los chapetones, españoles recién llegados a América, era discriminado porque la Corona, a razón de su *pecado*, le impedía desempeñar importantes cargos públicos en el Virreinato español. De esta manera nace por primera vez el sentimiento de “Patria”, puesto que si haber nacido en esta tierra lo hacía menos, era hora de separarse de España y empezar a apreciar y valorar lo que aquí se tenía, y así brotó,

como Ocampo (1982) lo dice en *Manual de historia de Colombia, el orgullo de lo americano*.

Pero el criollo no era el único descontento ante su situación en la Colonia. Las últimas décadas del siglo XVIII no pasan tranquilas. A mediados de este siglo se da la independencia de los Estados Unidos y en 1781, en Nueva Granada, tiene lugar el Movimiento Insurreccional de los Comuneros el cual surge a raíz del aumento desconsiderado de los impuestos y cuando la cigarrera Manuela Beltrán arranca y destroza el edicto frente al pueblo entero. Esto empieza a calentar las masas americanas en esta región. Y no solo esto, el mundo entero es revolucionado por un hecho que repercute también en las colonias: la Revolución Francesa en 1789. El criollo Antonio Nariño publica en 1794 en Nueva Granada la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, y con esto trae también un movimiento, que en principio europeo, se apodera del pensamiento del criollo e influye directamente los posteriores procesos independentistas:

La Ilustración influyó en la independencia de las colonias, no solamente por su innovación en el campo de las ideas políticas y por su creencia en la razón como guía del espíritu humano, sino también desde el punto de vista de independencia cultural. Una tendencia que encontramos en la penetración de la Ilustración en Hispanoamérica, es la utilidad que prestó como ideología de combate contra el estado metropolitano y colonial [...] criticó y ayudó a reafirmar una conciencia sobre la decadencia del Imperio español (Ocampo, 1982, 21).

En la Nueva Granada la idea de la independencia ya se estaba gestando en la cabeza de los criollos americanos. Como Ocampo (1982) lo señala, la Ilustración trajo una revolución intelectual que reafirmó la idea de libertad y de un progreso cercano, era tiempo de creer en un futuro ideal y de confiar en lo que se poseía, lo que surge como un sentimiento nacionalista. Ejemplo de ello fueron las ciencias naturales y experimentales a través de las cuales se estudiaron los variados recursos naturales americanos con el fin de buscar una manera correcta de explotarlos y así generar una transformación económica. De esa manera surgió la Expedición Botánica en 1783, dirigida por José Celestino Mutis, convirtiéndose en elemento representativo de la Ilustración en la Nueva Granada.

Ya en el siglo XIX las mentes estaban preparadas para los años de lucha que seguían. Y entonces sucede lo que se traduciría como la mejor oportunidad para desencadenar la rebelión: Napoleón invade España. La Corona entra en crisis, Felipe VII debe abdicar y Napoleón designa a su hermano José Bonaparte, apodado *Pepe Botellas*, como el nuevo gobernante español. Tras esta situación los peninsulares se dividen en dos, *liberales patriotas* y *napoleónicos*, quienes para protegerse y asegurar sus ideales permiten la libertad a los americanos, los primeros buscando que al restaurar el poder estos continúen fieles a Fernando VII, y los segundos, acabar con España. Fue una confusa situación para el gobierno del Nuevo Mundo puesto que si ambos bandos pretendían encargarse de las colonias no era claro el poder que ejercían, y aprovechándose de esto pudo darse el renombrado *Grito de Independencia*.

En la Nueva Granada el 20 de julio de 1810, exactamente en Santa Fé, se da un altercado entre el chapetón González Llorente y los criollos Morales al que responden las masas populares, las cuales corren a la plaza “estimuladas por los chisperos revolucionarios y en especial por su líder popular José María Carbonell y estudiantes de los colegios del Rosario y San Bartolomé” (Ocampo, 54). Los pobladores saquean la capital (sobre todo las casas de los chapetones) y Santafé se descontrola hasta el 13 de agosto del mismo año cuando el virrey Amar y Borbón, junto a su esposa, es encarcelado. Al día siguiente ambos escapan de la capital y de la misma manera lo hacen muchos españoles. De este modo todo el reino de Nueva Granada se va independizando gradualmente mediante el destierro de quienes solían ser sus gobernantes.

Finalmente, los criollos logran llegar al poder de la Colonia. Pero surge ahora el primero de los muchos contratiempos que debe enfrentar el nuevo gobierno y se trata de una división ideológica que se extiende a lo largo de toda la incipiente nación: Patriotas y Realistas. Los primeros, en cabeza del criollo Antonio Nariño y entre los cuales están Camilo Torres, Francisco José de Caldas, Tomás Cipriano de Mosquera y Francisco José de Paula Santander, luchaban por la libertad total y absoluta con la intención de adaptar el sistema democrático en la Nueva Granada. Los segundos, por el contrario, luchaban por una independencia limitada en el sentido en el que estaban “guardando” el mando del

gobierno para el encarcelado Felipe VII; estos se establecen en Santa Marta y la región de Nariño. A este último grupo se unió el indígena, a excepción de algunos núcleos que permanecieron aislados en regiones a las que aún no llegaba la noticia de la Independencia, y otros pocos que siguieron a los patriotas. Esta reacción surgió a razón de que el indígena, cansado de los maltratos de los hacendados criollos y españoles, confiaba en la protección que le brindaba la monarquía.

Para atraer al sector negro patriotas y realistas prometieron a los esclavos su emancipación, la cual se dictó mediante diferentes decretos a lo largo de la segunda década del siglo XIX: los realistas prometen la libertad a quien luche a favor del Rey y patriotas, al mando de Simón Bolívar, expiden el decreto en junio de 1816. Finalmente, la abolición de la esclavitud se da en el año 1851. Este primer gobierno dado entre batallas, triunfos y derrotas para realistas y patriotas, finaliza 1815 y se denomina *Patria Boba* o *Primera República Granadina* (Ocampo, 1982).

En 1814 Fernando VII es restaurado en el poder y se conforma la Santa Alianza, la cual reúne las monarquías españolas y se encausa en la recuperación de las colonias americanas. Al Nuevo Reino de Granada llega a finales de 1815 don Pablo Morillo, iniciando lo que se conocerá como el *Régimen del Terror*. Morillo, a quien en Nueva Granada creían enviado de Dios, queda al mando de los realistas y empieza una sangrienta cacería contra patriotas y revolucionarios a quienes fusila sin mayor contemplación, lo que somete, mediante el terror, al pueblo neogranadino durante cuatro años. Pero estas acciones al contrario de simpatizar al pueblo con la Monarquía y mantenerlo en entera sumisión, generaron un sentimiento patriota que condujo lentamente a la independencia final.

Ello sumado al hecho de que gran parte del pueblo suramericano encontró en esta década su total y anhelada independencia, como pasó en algunos sectores de Centroamérica, y es el caso de México, lo que reafirmó en el pueblo la necesidad de romper definitivamente con los vínculos españoles, una campaña que se plantea durante los años 1816 y 1817 y que finaliza de manera victoriosa el 5 de julio de 1819 con la Batalla del Pantano de Vargas y posteriormente con la renombrada Batalla de Boyacá el 7 de agosto

del mismo año, al mando del libertador Simón Bolívar. Finalmente, el 17 de diciembre de 1819 se crea, como lo soñaba Bolívar, la Gran Colombia con la unión de Nueva Granada, Venezuela, Quito y Panamá, que se adhirió años más tarde. Esta se dividía en tres grandes departamentos: Venezuela, Cundinamarca y Quito e instauró después de tanto lucharlo, el gobierno democrático.

Esta segunda Independencia, ahora sí definitiva, plantea una nueva problemática para la élite criolla, al mando de este nuevo gobierno, la cual ofrecía dos opciones de gobierno democrático, una que imitaba el exitoso gobierno norteamericano y al estilo de Europa Occidental, la federalista, y la segunda, la centralista:

El problema [...] fue la forma como Hispanoamérica debía solucionar la estructura de sus Estados, en países en donde no existían verdaderas unidades nacionales; en donde no se había creado una conciencia de unidad étnica y espacial, y en donde el Estado se convertía en el unificador de la nacionalidad (Ocampo, 95).

Estas tendencias políticas ya habían sido discusión del nuevo gobierno criollo algunos años antes con la creación de la primera República Granadina tras la independencia de 1810. Ahora, con la total liberación de la monarquía española los criollos letrados se encargan de establecer un pronto y efectivo gobierno para la nueva nación, y el cual a finales de siglo se establece como centralista.

Once años después de su creación, en 1830, la unión soñada de Bolívar vuelve a quedarse en palabras tras la separación de la Gran Colombia a causa, entre otros, de “la intervención de los militares en los destinos de la vida política; la fiebre constitucionalista; el establecimiento de la dictadura de Bolívar [...] crisis política y principalmente las divergencias entre venezolanos y granadinos” (Ocampo, 128). Surgen así los Estados nacionales de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador, este último había logrado su independencia en 1824 tras las batallas de Junín y Ayacucho, hecho que marca la independencia final de toda Hispanoamérica.

Una década después, al comenzar los años cuarenta, empieza también un proceso político de gran complejidad y con trascendentales consecuencias en los sectores religioso,

social y cultural de Nueva Granda. El inicio de esta etapa la marca la consolidación de los dos tradicionales partidos políticos del país: liberales y conservadores, cada uno de estos con diferentes ideales democráticos. El primero opta por una política federalista y el segundo, centralista: “Ezequiel Rojas en 1848 esbozó el programa liberal, fundamentado en un proyecto civilizador, y Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro, en 1849, redactaron el programa conservador, apoyado en la tradición colonial” (Acosta, 2009, 17).

Uno de los principales puntos de divergencia que surgió entre ambos fue la relación que el Estado debía establecer con la Iglesia, y los liberales, convencidos del obstáculo que esta constituía para la modernización y el progreso, vuelven a expulsar a los jesuitas a mediados del siglo con la clara intención de reducir su poder económico y sobre todo político. A esto se sumó que en el año 1853 se declaró la libertad de cultos. Aun así, la Iglesia continuó siendo elemento importante en la Nueva Granada, primero como *factor de cohesión* para la clase dominante granadina, y segundo, por su influjo en la educación ya que condicionó el proceso de lectura en una sociedad que quiso configurar su ideal nacional a partir de la escritura (Acosta, 2009).

Es entonces indiscutible la importancia ideológica que adquiere en este siglo la lectura y por supuesto la literatura, a través de la cual se pretendió imponer esa nueva idea de Nación, todavía borrosa e imprecisa, puesto que si bien el criollo podía sentir ahora los beneficios del largo y confuso proceso de independencia, las luchas continuas entre liberales y conservadores impedían la constitución de un Estado ideal y definitivo, una idea que ampliaremos en el segundo capítulo con Benedict Anderson y la concepción de Nación.

En 1863, con la Constitución de Rionegro y durante la presidencia del conservador Mariano Ospina, la Nueva Granada se formaliza como un Estado federalista y se crean los Estados de Antioquia, Bolívar, Boyacá, Cauca, Cundinamarca, Magdalena, Panamá y Santander. En 1880 es claro el fracaso del modelo federal y así se da inicio a la época de Regeneración de la política conservadora y centralista.

Como lo señala Emilio Carilla (1967) en *El romanticismo en la América Hispánica*, durante esta segunda mitad del siglo los cambios en la Nueva Granada no solo son

políticos. En el campo económico el gobierno tiene grandes problemas a causa de la guerra independentista; sin embargo, estos van lentamente solucionándose a través de capitales extranjeros con la construcción de ferrocarriles, caminos y puertos, entre otros; el fomento de actividades agrícolas y ganaderas, y el movimiento migratorio de europeos que veían en la Nación nuevas oportunidades económicas. Esta migración a su vez trae consecuencias sociales puesto que produce un “blanqueamiento” progresivo del pueblo y así intensifica la diversidad de la población granadina.

Tras la Independencia, la Nueva Granada se convirtió en una compleja fusión de razas en la que los criollos ocupaban la más alta posición: era la élite que gobernaba, hombres de letras muchas veces formados en Europa. Por su parte, campesinos, indígenas, negros, mulatos, mestizos, zambos y otras castas, seguían siendo discriminados y maltratados pero ahora sin la protección de la Corona Española. Dada esta situación, los negros optan por aislarse en el Brasil y América central.

En el aspecto religioso, aunque el catolicismo predominaba, la Iglesia perdió beneficios políticos y económicos así como su poder en la educación, la cual se determinó como primaria, secundaria y bachillerato, obligatoria y gratuita. Asimismo, los maestros se dividieron por áreas y las ciencias modernas se introdujeron a la Universidad, lo que abrió nuevos horizontes y posibilidades ante los ojos del neogranadino, en particular de la población criolla que era la que tenía acceso a la educación. El mundo moderno y antes vetado que poco conocían se introducía lentamente en el suyo (Carilla, 1967).

La experiencia de esta segunda mitad de siglo brindó elementos claves para la consolidación de la aún inestable identidad nacional. El pueblo había pasado a lo largo de un siglo tantos y tan diversos cambios en todos aquellos aspectos que lo conformaban: el federalismo, así como lo hizo el centralismo años más tarde, prometía libertades e igualdades a un pueblo maltratado y esclavizado durante cientos de años, beneficios que no lograron verse prontamente. Pero no era solo esto, día a día los habitantes se enfrentaban a una nueva visión en la que su mundo inmediato, su sociedad, había cambiado y en la que ahora tantas y tan distintas eran las razas con las que convivían y las ideas que expresaban,

que la tarea de cohesionar todo el pueblo bajo una sola nacionalidad comenzó a parecer un trabajo más que complejo. Y para esta tarea la escritura se presentó como el mejor vehículo.

La imprenta entra a Nueva Granada a finales del siglo XVIII, y a diferencia de las otras naciones americanas lo hace de manera tardía. El primer uso que se le da a las publicaciones es netamente religioso, pero durante el periodo independentista este se torna político (también científico), de tal manera que prevalecieron “los boletines de guerra, las proclamas y las alocuciones” (Acosta, 14). Tras la disolución de la Gran Colombia en 1830, la prensa adquirió una práctica nueva, ahora de sentido social y con “funciones propagandísticas y de la información que la hicieron participar de manera activa en la construcción del discurso de y sobre la nacionalidad” (Acosta, 14).

El periódico fue entonces el medio que, elaborado por la élite intelectual criolla, la misma encargada de gobernar, se ocupó de la transmisión y propagación del discurso de nación. Y para esta labor utilizaron la novela con el objetivo de lograr un discurso capaz de cohesionar los divergentes elementos que constituían a la joven nación, porque era en esta en la que paisajes, climas y hasta la vasta y compleja heterogeneidad racial y social podían situarse en un mismo espacio. Por esta razón la literatura del siglo XIX elige no separarse de los aspectos que enmarcan el mundo del hombre en la Nueva Granada, como lo son el campo social y político, sino que por el contrario, genera un vínculo tan fuerte que posibilita la realización de tan anhelado discurso.

Siendo así, la creación literaria de la época se marca por su producción y reproducción en prensa y folletines, como lo hizo precisamente la novela que se dio por entregas y a través de periódicos. Tal es el caso de la obra de Soledad Acosta de Samper (1833-1913) y sus novelas *Dolores* (enero 8 al 20 de 1867 con doce entregas) y *Teresa la Limeña* (marzo 31 a mayo 29 de 1868 con 18 entregas), objeto de estudio del trabajo. Obras extranjeras también son publicadas en la Nueva Granada, muestra de la nueva apertura al mundo occidental que trajo consigo la liberación americana, y con estas llegan al país corrientes europeas que modelan la literatura y el pensamiento, movimientos en este caso

artísticos y sociales que el criollo intelectual logra introducir como resultado de su educación muchas veces europea y sus constantes viajes al Viejo Continente (Acosta, 2009).

Soledad Acosta de Samper pertenecía a ese grupo privilegiado e intelectual de criollos neogranadinos. Hija del prócer Joaquín Acosta y Pérez de Guzmán y de la americana Carolina Kemble Rou, empieza desde los doce años su educación fuera del país luego de varios años en el Colegio de La Merced en Bogotá. En un primer momento viaja a Canadá, donde su abuela materna se encarga de su estudio, para posteriormente ir a París, donde pasa por diferentes colegios. Además, es importante mencionar que gracias a la influencia de su padre, Acosta tiene el privilegio de asistir a importantes tertulias y reuniones científicas en la capital francesa, así como el de conocer a importantes escritores europeos con quienes entabla fuerte amistad (Samper, 2010). De esta manera, tiene la posibilidad de estudiar pronto estos modernos movimientos occidentales que lentamente empiezan a permearse en el mundo latinoamericano a través de la prensa, y a influir la construcción de Nación.

1.2 El romanticismo en Nueva Granada

Acosta (2009) señala cómo, durante esta segunda mitad del siglo, se da un particular enfrentamiento entre el romanticismo y el clasicismo, dos movimientos que se apoderan rápidamente de la creciente producción literaria de la época, en cuanto que influyen escritores y poetas de Nueva Granada, así como de la prensa, puesto que obras extranjeras de una u otra tendencia se publican de manera constante.

En ese camino el romanticismo empieza a desvalorarse y a convertirse en sinónimo de copia y exceso de palabras, el camino del artista perezoso, todo lo contrario a lo clásico que se considera la escritura elaborada y leal a la norma. Los románticos entonces eran aquellos que “por copiar de Europa [...] caen en la pobre imitación, el plagio, la servidumbre, la pobreza de ideas, la debilidad de conceptos, la mala elección de voces, la

flojedad de pensamientos" (Acosta, 77), una idea que la prensa empieza a divulgar y que lo cuestiona como el camino ideal para la construcción de esa voz nacional que se buscaba consolidar. Muestra de esto en la edición 26 de la revista *El Mosaico* del 25 de junio de 1859, la publicación literaria más importante de la segunda mitad del siglo como se verá más adelante, se publica un poema de título *Románticos i clásicos* que muestra una diferencia en la percepción de ambos estilos:

En estilo mui sencillo,
Los clásicos trovadores
Cantaban siempre al tomillo
I a los dulces ruiseñores.

Pero solo los lobregueces
Cantan las modernas musas,
I funerarios cipreces,
I vampiros i lechuzas [...]

De todas formas el romanticismo se difundió no solo por la Nueva Granada, en un proceso lento y complejo por las distancias entre ciudades y los limitados medios de comunicación, sino por todo el continente latinoamericano, tomando gran fuerza particularmente en México y Perú, una labor en la que también participaron los mismos escritores emigrantes de Europa influyendo a América con letras españolas, francesas e inglesas (Carilla, 1967). Eran varios los elementos que hacían que en Nueva Granada este movimiento pudiera seducir rápidamente a la literatura.

América se establecía como el espacio ideal para el desarrollo de lo romántico por su condición de país recién independizado y el consiguiente espíritu de libertad que respiraba cada hombre. De acuerdo a Carilla (1967), en América Latina existían *caracteres decididamente románticos* como lo representaban Gonzalo Jiménez de Quesada o la Monja

Alfárez, y el constante movimiento político de la época empujaba al hombre a expresar sus nuevas aspiraciones políticas, sociales y culturales: un sentimiento de renovación y, según el autor, decididamente romántico. Ejemplo de ello Andrés Bello (1781-1865), José Joaquín Olmedo (1780-1847) y José María de Heredia (1803-1839) se convirtieron en sus precursores, que si bien no eran neogranadinos fueron hombres de letras muy cercanos e influyentes en toda la producción latinoamericana. Heredia expresó, a través de su poesía, reflexiones melancólicas y llenas de sentimentalismo y Olmedo hizo de lo romántico el “énfasis y apasionamiento que enardece su verso” (Carilla, 55) que a la vez “ofrece un anhelo optimista de paz, trabajo y grandeza americana” (Carilla, 56), lo cual se convirtió en el tema principal del romántico americano y que era precisamente lo americano, un ideal que Bello traza pero no logra completar antes de morir.

Así, a pesar de que el romanticismo europeo se inserta en América a través de sus propias obras y escritores, el Nuevo Continente lo absorbe y lo modifica de tal manera que lo halla útil para el discurso en construcción. Es claro que el dolor del romántico europeo no es la misma melancolía del americano. Este último no sufre por amores platónicos o por su excesivo sentimentalismo, sino que continúa a la expectativa de un futuro incierto, puesto que si bien logró su independencia la inestabilidad política, en la Nueva Granada con la división entre liberales y conservadores y la constante reformulación constitucional, y su condición social, económica y cultural, en la que esclavos, indígenas y campesinos no ven cambio alguno, no le permiten tener un panorama claro de lo que le espera, lo que de alguna manera lo hace recordar con nostalgia la tranquilidad de su pasado y el cual en la literatura establece una relación con la naturaleza, de tal manera que, como lo señala Carilla (1967), en América el romanticismo se establece de carácter paisajístico e histórico.

En Acosta encontramos esta tendencia en *Dolores* cuando la protagonista, del mismo nombre, cae víctima de lazarillo, una condición que hereda de su padre y que la condena a ser excluida de la sociedad. Entonces, ella misma decide que lo mejor es huir a un lugar que la esconda y a su vez la proteja, un espacio que le brinda la tranquilidad necesaria para pasar los últimos días de su ahora desgraciada existencia, y ese lugar es precisamente la naturaleza:

[...]un riachuelo cristalino bajaba saltando por escalones de piedras [...] Altísimo árboles se alzaban al lado del riachuelo[...]la sombra de aquel sitio producía un delicioso fresco [...]

–Qué bello sería pasar su vida aquí, ¿no es cierto? –exclamó Dolores

[...] -¿No recuerdas aquel sitio tan lindo donde nos despedimos la última vez que estuviste aquí?

-¿La quebradita?

-Allí quiero mandar a hacer una casita y acompañada por los muchachos que sirvieron a mi padre hasta sus últimos momentos (ellos no me tienen repugnancia) viviré aislada, pero en mi soledad estaré tranquila (Acosta, 63).

La naturaleza es el lugar que le da tranquilidad y la lleva con melancolía a recordar la época en la que fue feliz ante el incierto destino que le espera. Y en *Teresa la limeña* algo similar ocurre. Para Teresa es su vieja casa en Chorrillos y el balcón que da al mar, lo que la calma en los peores momentos. Otra vez es la naturaleza el lugar al que se huye ante un futuro infeliz: “Un ancho balcón daba casi inmediatamente sobre la pedregosa playa de Chorrillos, en donde las olas del mar venían a morir con dulce murmullo, mientras que más lejos se estrellaban ruidosamente contra murallones y fuertes estacadas” (Acosta, 103). Asimismo, es en esta casa lejos de la ciudad que la condena a las apariencias y la separa de quien verdaderamente ama, que Teresa recuerda a su madre, una imagen que la cobija y la protege. Además, hace referencia al pasado.

De acuerdo a Carilla (1967), lo romántico se fue acomodando a las necesidades americanas encaminándose en tres direcciones: paisajismo, principalmente, indigenismo e hispanismo, en las que el *color local*, adquiere gran valor y se convierte en un elemento básico para la propuesta de Nación que tanto se buscaba y que empieza a desarrollarse a partir de la creación de una literatura nacional que a finales de la primera mitad del siglo apenas empezaba a germinar.

Acosta (2009) señala cómo hacia 1849 periódicos como *El ensayo*, preocupados por la falta de escritores propios y la creciente necesidad de una literatura nacional, incita en los jóvenes el oficio de la escritura con el objeto de:

Promover la gloria de su patria en general y de la literatura en particular, encargada esta última del desarrollo de la moral y de la virtud [...]y] la formulación de la escritura como una necesidad para la juventud que debe salir del letargo heredado de la tradición española y de la copia indiscriminada de obras extranjeras (p. 81).

Una propuesta que muy pronto tiene resultados positivos con la aparición de nuevos autores criollos durante la segunda mitad del siglo.

Todos estos nuevos escritores caen en su mayoría ante la propuesta romántica en el sentido no del plagio o de falta de ideas como expone Acosta (2009), sino en cuanto que siguen los ideales americanos que tanto promovió Bello. José María Samper¹, citado por la misma autora y escritor de esta segunda mitad de siglo, también se refiere a la problemática entre románticos y clásicos pero la explica respecto al género, al cual le atribuye una importancia en cuanto a su funcionalidad. Esto lo hace a partir del drama, ya que si bien según él el clásico “describe una parte de la sociedad y la asume como verdadera” (Acosta, 2009, p. 79) el social romántico “se preocupa por el conjunto, la verdad del contraste o de la variedad de los detalles por contradictorios que sean” (Acosta, 79). Samper niega la presencia del movimiento romántico y habla mejor de una *escuela social* que ha dejado de lado los temas sentimentales para acercarse a temas más reales y de carácter social. Siendo así, para él la palabra *romanticismo* no es suficiente para aplicarse a la literatura de la época.

Aun así, la lectura de románticos europeos en la Nueva Granada se hizo frecuente y entre ellos fueron varios los que alcanzaron gran prestigio entre los criollos intelectuales, como lo relata Samper en la edición 334 de *El Neo-granadino* publicada el 19 de febrero de 1856:

Por eso, LAMARTINE, es tierno y sentimental como el amor del cristianismo, i es adorado por las mujeres: HUGO [Víctor Hugo], es tempestuoso como la salvaje naturaleza i grande como la verdad filosófica; i es popular entre los filósofos: SUE [Eugenio Sue, *el poeta del pueblo, de la multitud y el proletariado*], terrible i desconsolador como la miseria i la cólera del pueblo; i es amado por los

¹ José María Samper fue esposo de Soledad Acosta. Samper aprovechó su influyente posición, fue político e intelectual reconocido en la sociedad neogranadina, para colaborarle a Acosta en la publicación de sus escritos y en su participación en *El Mosaico*, el círculo erudito de mayor renombre del XIX (es importante tener en cuenta que la mujer de entonces estaba a órdenes de su marido).

demócratas: DUMAS [Alejandro Dumas], fecundo i caprichoso, variado i profundo como las pasiones del hombre; i el más popular de los romancistas del mundo.

En 1867, Carilla en su texto ya hablaba del escepticismo con el que el movimiento romántico fue recibido en Hispanoamérica, a tal medida que incluso críticos lo niegan argumentando que a falta de un romanticismo se vivió fue un modernismo. De una u otra manera fue una corriente que el Nuevo Continente conoció a partir de autores extranjeros como Lamartine y Chateaubriand y, siguiendo la explicación de este escritor, por autores propios que centraron su obra en lo americano, realizándolo y demostrando la magnitud de su propia Nación.

1.3 La prensa en el siglo XIX, el criollo y la escritura

La literatura nacional constituyó el medio para la construcción de nación, o por lo menos esa fue la propuesta de la élite criolla intelectual bogotana, el cual durante el siglo XIX se publica a través de la prensa. Benedict Anderson en *Comunidades imaginadas* (1993) busca definir el término Nación y lo describe precisamente con el nombre que le da a su libro. Una nación es entonces una comunidad imaginada, un espacio delimitado por una zona geográfica en el que prevalece un compañerismo profundo, la que es soberana y se concibe como imaginada por la imposibilidad de conocer a cada compatriota. Sin embargo, a todos los entrelaza la religión y la lengua.

En la Nueva Granada, después de la Independencia y tras la disolución de la Gran Colombia, empieza a nacer la necesidad de establecer este territorio ya aparentemente libre como una Nación, un proyecto que se ve imposibilitado por el mismo hecho que constituye a la comunidad imaginada: una gran heterogeneidad en razas, paisajes, lenguas, creencias y pensamientos que aleja la posibilidad de unión ante una sola nacionalidad, ya que si bien puede decirse, por ejemplo, del italiano que es aquel que vive en Italia y que habla italiano, así como del español, del francés o del alemán, qué puede decirse acaso del Neogranadino que más que eso es criollo, mulato, indígena o negro entre tantas opciones, y que así como habla español, herencia de la Colonia, habla otras lenguas y que a lo largo del país se

diferencia tanto el uno del otro a tal punto que hoy, dos siglos después, los regionalismos son tan fuertes que siguen fragmentando al país.

Para dar solución a dicha problemática surgió en la década del cuarenta una idea encabezada por la élite criolla bogotana en la cual el imaginario nacional se construiría, a falta de ese elemento cohesionante nacional, a partir de la escritura, una idea que a la vez pudo pensarse gracias a la imprenta. A partir del siglo XIX las publicaciones en Nueva Granada se tornan de carácter, además de religioso, político y científico a raíz de la lucha independentista y la consiguiente división política entre liberales y conservadores, pero es después de los años cuarenta que los periódicos se introducen en la vida social de los neogranadinos, tanto pública como privada, y así también lo hace la literatura:

La prensa, de muy corta tradición, se constituyó en factor fundamental no solo para la transmisión de ideas, sino también para la consolidación de lo que era considerado un nuevo lenguaje; lenguaje que se debatía entre la tradición española y la aspiración a otras propuestas. La búsqueda de una expresión que estableciera vínculos con la política y la religión era el eje central sobre el que se fundamentaban los discursos, incluido el literario (Acosta, 26)

La prensa adquirió así un deber social el cual le brindaba la posibilidad de seleccionar o rechazar los elementos que, como señala Acosta (2009), legitimaban el imaginario de una nueva realidad social. Pero para que esto tuviera lugar era necesario la apropiación del lector, por lo que la lectura se convirtió en un espacio de diálogo en la medida en la que lo leído era discutido en charlas o tertulias que, siguiendo una tradición europea, posteriormente eran publicadas. Además, era posible responder a lo que se publicaba y así debatir opiniones políticas, ideales acerca de las nuevas maneras de conformar el discurso nacional y comparaciones entre lo nacional y lo extranjero, discusiones que a su vez fueron determinando el anhelado discurso nacional.

Aunque es desde 1840 que las publicaciones se hacen constantes y a partir del 45 que son más continuas, es hasta la década del sesenta cuando alcanza su punto más alto al duplicar el número de impresiones de la del cuarenta. Durante esta primera etapa la supervivencia de un periódico no financiado por el gobierno o la Iglesia no era de más de tres años, pero entre la excepción están *El Mosaico* (1858-1872) y *Biblioteca de señoritas*

(1858) que más tarde se une a éste; *El tradicionalista* (1871-1876), con textos políticos, religiosos y literarios y dirigido por Miguel Antonio Caro; *El Porvenir* (1855-1861) y *El Neo-granadino* (1848-1857), el primero de corte conservador y el segundo liberal, y *El Tiempo* (1855-1872), político y literario. Periódicos netamente literarios y aunque alejados de temas gubernamentales, aunque sí encaminados al fin político de la construcción de Nación, encontramos, a parte de *El Mosaico* ya señalado, *La estrella nacional* (1836), *El albor literario* (1846), *El museo* (1846) y *La siesta* (1852) (Acosta, 2009) .

La importancia que la literatura fue adquiriendo para dicha élite criolla bogotana se evidenció en la aparición constante de novelas en cada una de las publicaciones bogotanas, de carácter o no estrictamente literario, y que se inaugura con *María Dolores o la historia de mi casamiento*, de José Joaquín Ortiz, publicada en el periódico *El Cóndor* en 1841. La prensa, entonces, destinó una sección especial para la impresión de novelas, en la que también se publicaron cuentos, poemas y teatro, así como artículos de carácter político, pedagógico y moralizador. Incluso, *El Neo-granadino*, en su afán por promover la literatura, abrió un espacio importante que se conoció con el nombre de *La semana literaria* y la cual, aparte de su publicación habitual, entregaba novelas en cuadernillos. Éstos, junto a los folletines, se volvieron regalo para suscriptores con motivo de fin de año o prima, o podían ser fácilmente adquiridos en imprentas y librerías. La lectura se hizo una actividad tan común y solicitada que las novelas se convirtieron en un elemento seductor que atraía cada vez más suscriptores, a pesar de que varias veces, y por el carácter fragmentado de las novelas, las entregas no concluyeran y la lectura de la obra quedara incompleta (Acosta, 2009).

Mientras esto sucedía en Bogotá, en otras regiones del país las publicaciones fueron creciendo de acuerdo a su ubicación geográfica y a su participación en política. Sin embargo, fueron muchos los espacios que dicha élite criolla bogotana desdeñó por considerar muy pobre su participación cultural, lo que generó una élite regionalista que fragmentó aún más a la joven Nación.

Con el aumento considerable de la publicación de novelas nacionales el número de extranjeras fue también aumentando. De acuerdo a Acosta (2009), durante el periodo de 1840 a 1880 el número de impresiones de novelas nacionales fue de solo cincuenta de un total de 151 publicadas en Bogotá. Estas eran muchas veces escritas por los mismos editores, quienes, como en el caso de José María Samper o José María Vergara y Vergara, dirigían más de una publicación a la vez, por lo que también existieron los casos en los que una novela repitió su impresión. Los editores eran los encargados de darle gusto al lector y de “transformar o mantener sus experiencias” (Acosta, 38), por lo que era preciso mantener un diálogo constante con éste, quien, en realidad, era esa misma élite a la que pertenecía el editor, quien además era muchas veces el que escribía.

La élite era un círculo limitado de criollos intelectuales que buscaron una independencia *gubernamental* para así manejar todo el poder. Sin embargo, la emancipación neogranadina no fue más allá y los problemas sociales, tan importantes como el de la esclavitud, continuaron estancados. Así, la población marginada, que era casi toda la que no fuera criolla, tuvo poca o nula participación en el proceso de construcción nacional, tanto en su creación como en su apropiación. La recepción es un elemento trascendental para esta discusión porque determina la relación entre escritor-lector, fundamental para la elaboración de un discurso nacional a partir de la literatura, y que es necesario trabajar a fondo más adelante.

Las obras extranjeras sirvieron para marcar el camino de entrada al país de nuevas publicaciones, las cuales ingresaron gracias a editores a través de su colaboración con la prensa extranjera, impresores, profesores, comerciantes, autores, críticos, lectores y traductores. La traducción de novelas es, sin duda, uno de los factores que enreda el conteo de las obras no solo por el hecho de que en este proceso muchas características, como descripciones o usos de vocablos, fueron modificadas, posiblemente en un intento por adaptarlas más a la realidad de la nación, sino porque los nombres de los autores fueron en algunos casos reemplazados por los del traductor, de tal manera que su autoría y procedencia son datos totalmente confusos (Acosta, 2009).

Otro camino por el que se introdujeron dichas obras al país fue a través de criollos exiliados en otros países. En el siglo XIX París se estableció como el centro intelectual más importante de Europa, razón por la que gran parte de la élite neogranadina corrió a dicha ciudad, entre ellos Soledad Acosta, quien logró participar a su lejana nación de la intensa vida literaria europea a través de reportajes o el envío de nuevas obras: “Soledad Acosta, en sus variados reportajes desde el extranjero, se interesa por comentar las novedades en publicaciones y críticas percibidas en una sociedad considerada más ilustrada” (Acosta, 46). En este sentido, la selección de las novelas que llegaban a Bogotá estaba determinada por los factores que influían al criollo, tanto en su gusto personal como las amistades que lo rodeaban o las tertulias a las que asistía, por lo que la decisión de cuáles obras debían llegar al continente no se basó únicamente en lo que los criollos buscaban en su configuración nacional, posible razón para su alteración durante la traducción. De igual manera, los criollos intelectuales exiliados se encargaron de la difusión de obras occidentales en los mismos centros europeos a través de la traducción y escritura de textos.

La exportación de publicaciones a América (no solo se trataba de novelas) trajo otro fenómeno que en la capital neogranadina ya se venía desarrollando y que fue la introducción del formato de libro-periódico, el cual borra el límite entre ambos. Los periódicos, como sucedió con *El Mosaico*, por ejemplo, eran presentados en un formato que podía ser empastado, como la misma revista lo sugería en las notas al final de algunas ediciones, y como también sucedió con los folletines que tras su impresión completa se convirtieron en libros. Esta posibilidad hizo surgir entre los criollos intelectuales bogotanos la idea de una biblioteca personal, una propuesta que se convirtió en realidad (Acosta, 2009).

Durante el siglo XIX Colombia sufrió profundos cambios en muchos de los aspectos que la configuraban. El proceso de Independencia de más de diez años dejó a la ahora joven nación en una insuficiencia económica, que con apoyo extranjero poco a poco empezó a solucionarse, y ocasionó una gran incertidumbre política que no permitió la instauración de una única manera de gobernar; este generó enfrentamientos internos a lo largo de todo el siglo. A parte de esto, es poco lo que puede decirse del aporte de la Independencia a los

neogranadinos, ya que, si bien los criollos victoriosos lograron establecerse en el poder, la situación social no mostró mayor cambio.

Pero, sin duda, lo más interesante fue el proyecto de la construcción de un imaginario nacional que le permitiera a la Nueva Granada establecerse como una verdadera Nación. Y si se buscaba configurar un discurso propio que lograra la cohesión de todos y cada uno de los diversos elementos que componían la nación ¿por qué fue la creación de una literatura nacional, en este caso de la novela, el medio ideal para esto? ¿qué función cumplía entonces la prensa? y ¿qué implicaba que los discursos fueran elaborados por un grupo específico? Pero el problema no es exclusivo de la producción, sino también de la recepción, dado que el éxito de dicho proyecto residía en su apropiación y es entonces necesario preguntarse ¿a quién se dirigía el discurso, quiénes finalmente lo recibían y cómo se apropiaron de él?

Parte II

Detrás de la letra

Después del largo proceso independentista América Latina quedó sumida en un caos y un desorden social, racial, cultural, económico y político en el que muy pocos comprendían la función que ahora debían desempeñar. Solo los criollos, en su afán de poder, entendieron prontamente que era su deber estar al mando del complejo proceso que se venía encima al evolucionar de colonia española a nueva patria donde, a pesar de aparentar un cambio significativo después del yugo vivido durante siglos, la condición de casi la mayoría de pobladores poco o nada cambió. Sin embargo, los descendientes de españoles tenían claro que estaba en sus manos escribir el presente y el futuro de cada una de las naciones y sus habitantes, por lo que hicieron de la escritura y la literatura su mayor herramienta, utilizando elementos que identificaran texto y lector de modo que y sus ideas pudieran propagarse y asumirse en todo el territorio. Este segundo capítulo habla precisamente de esas herramientas que lograron la apropiación del texto, de cómo, a partir de ellas, se generó un vínculo escritor-obra-lector que propuso e impuso esa nueva Nación.

2.1 Europa y América Hispana, en busca de un nacionalismo

Para Benedict Anderson (1993) la lengua y la religión son los dos puntos que reúnen a todas las personas habitantes en un mismo espacio y les otorgan una misma nacionalidad, de la manera que sucedió en Europa cuando las lenguas vernáculas desplazaron al latín y transformaron a las dinastías en nuevas naciones. Porque antes de que el término Nación recorriera las mentes criollas, en el Viejo Continente esta idea ya emergía tras la paulatina modificación de tres importantes ideas: la lengua, la dinastía y el tiempo.

Gran parte de las colonias americanas se formaron con la lengua española, lo que alteró y hasta eliminó idiomas propios de comunidades marginadas². Mientras tanto, en Europa fue el latín la que se impuso como lengua privilegiada entre todas, la de la clase bilingüe letrada, y que, a su vez, hacía posible una comunidad también imaginada, la cristiana. Pero al llegar a su fin la Edad Media, con el descubrimiento de América y la contemplación ahora de un nuevo mundo y de nuevas culturas, junto a una “degradación progresiva de la propia lengua sagrada” (Anderson, 37) y la traducción de la Biblia por Lutero, las lenguas vernáculas empezaron a apoderarse del territorio europeo, una situación que también tuvo efectos en el mundo de la escritura, las publicaciones y el mercado, puesto que ahora el público lector era mucho más amplio, una gigante masa monolingüe que superaba en número al escaso público letrado de antes. Esto fue visible con el colosal aumento de impresiones que pasó de 20 a 200 millones en solo un siglo (siglo XVI al XVII) (Anderson, 1993).

La idea de la dinastía también perdía espacio en la mente de los europeos. Anderson (1993) señala que “muchas dinastías habían buscado durante algún tiempo una credencial “nacional”, a medida que se desvanecía silenciosamente el antiguo principio de la Legitimidad” (43). Y es que su legitimidad provenía de la divinidad, por lo que los cargos que le competían a la monarquía solo se sucedían por linajes reales, y solo podían acceder a ellos hombres *elegidos*, de alguna manera divinos, y a quienes ennoblecía no solo dicha procedencia sino su apariencia física, de tal manera que se cuidaba con esmero el cruce racial y la pureza de la raza. Eventualmente, al finalizar el siglo XVI, las monarquías empezaron a perder su poder político y en la cabeza de sus pobladores emergió una nueva forma de verse como comunidad.

Este mismo autor cuestiona en su libro cómo fue que en América esta idea de nación llegó de manera tan pronta incluso antes de que toda Europa la conociera y asumiera. Las colonias españolas se manejaron a través del virreinato que, a su vez, era regido por la monarquía española, por lo que la forma de gobierno americano fue en ese entonces similar

² En *Latinoamérica las ciudades y las ideas* José Luís Romero (2001) menciona la cantidad de indígenas que abundaban en las plazas del Perú y quienes solo hablaban sus propias lenguas, lo que hizo necesario que los criollos las aprendieran para así poder negociar productos o mano de obra.

al europeo, a partir de instancias superiores marcadas por su procedencia racial y, por lo tanto, una selección divina. Pero, dejando de lado lo divino, en América fue el aspecto racial lo que determinó el funcionamiento de todos los procesos tanto sociales como políticos, puesto que al nacer en el Nuevo Continente implicaba no solo ser considerado menos que cualquier chapetón, a pesar de compartir la misma descendencia, sino la imposibilidad de desempeñar altos cargos públicos. Los criollos no se conformaron con los cargos menores. Esto dio lugar al deseo y proceso independentista que finalizó en los años veinte del siglo XIX.

En América, a diferencia de los otros territorios europeos que luchaban por ser naciones, los hombres que buscaban incansablemente llegar al poder, los criollos, superaban en miles a sus oponentes³, los españoles, a quienes también los desfavorecía el estar en terreno extraño. Así, la idea de Nación y la posibilidad de alcanzarla fue más factible en este continente ya permeado de ideas occidentales revolucionarias, como las de la Ilustración, o el Romanticismo en el caso de la literatura, que llegó de la mano precisamente de criollos estudiantes en Europa. Estas ideas pronto se extendieron a todos los campos del americano, de manera especial el social y político, puesto que empezaron a ser formas de pensamiento plasmadas en una escritura y lectura que no buscaba dar placer sino enseñar y guiar, ayudadas por el ahora moderno mundo impreso.

A esto se le sumó la llegada del capitalismo impreso a las colonias, el cual se inicia con el desarrollo de la imprenta y una evolución económica, tal vez mundial, de acuerdo a su uso. Esto permitió, primero, la difusión de ideas políticas y sociales, y segundo, concebir de manera más cierta la idea de una comunidad imaginada. Si bien, como se ha discutido en el trabajo, la imprenta permitió la consolidación de un nuevo imaginario nacional a partir de la literatura, la sola idea de la imprenta también facilitó la concepción de Nación en la manera que Anderson (1993) la define como comunidad imaginada, y en la que cada ciudadano a pesar de no conocer a cada uno de sus compatriotas sabe que hay elementos que comparte con ellos y que los hacen partícipe de un mismo espacio imaginado. Una publicación hace

³ Romero (2001) habla sobre el incremento de la población criolla a diferencia de la peninsular, puesto que si bien había población española migrando continuamente, al cabo de unos años, cuando ya se había establecido en América, su descendencia era criolla y participaba de sus ideales.

consciente al ciudadano de que hay muchos, tal vez miles, como el que reciben y leen una hoja de papel casi exacta con la misma información y a quienes también los atañe lo que está escrito. Anderson (1993) lo pone de esta manera: “[...]el periódico de Caracas creó, en forma enteramente natural y aun apolítica, una comunidad imaginada entre un conjunto de lectores a quienes interesaban *estos* barcos, bodas, obispos y precios” (97), lo que se puede generalizar a toda América y cada una de las naciones, puesto que se leían artículos y noticias sobre un espacio específico y que, por lo tanto, le incumbían a quienes lo habitaban. El conocimiento de que existían esos varios interesados en *mi* comunidad, a pesar de no conocerlos, los hacía parte de ella y, por lo tanto, de *mi* nación.

Por último, lo que propició el nacimiento de la Nación en Europa fue la percepción del tiempo y de la idea de simultaneidad, concebida ahora de manera transversa y configurada por reloj y calendario, es la concepción del “mientras tanto” que cambia la idea de una “[...]temporalidad donde la cosmología y la historia eran indistinguibles, mientras que el origen del mundo y del hombre eran idénticos en esencia” (Anderson, 62), que procedía de la Edad Media. Fue un cambio que, a su vez, implicó que la novela y la prensa logaran establecerse como medio para la construcción nacional y que puede generalizarse a América Hispánica donde estas formas fueron trascendentales.

2.2 La novela en el siglo XIX

La idea del “mientras tanto” que puede darse por un tiempo *homogéneo* y *vacío* que describe Anderson (1993), permite que la novela configure la idea de nacionalidad en el sentido en el que pueden suceder varios hechos en un mismo tiempo, un mismo día y una misma hora, y con personajes que ni siquiera se conocen o tienen idea de su existencia, esto es “[...]un ejemplo preciso de la idea de la nación, que se concibe también como una comunidad sólida que avanza sostenidamente de un lado a otro de la historia” (48). La novela da al lector la idea que varios personajes existen, realizan actividades semejantes y están relacionados de alguna manera que puede ser un amor, pero que no tienen conciencia de la existencia de esos otros. De la misma manera sucede con él mismo, el lector, quien

pertenece a una comunidad, tiene elementos que lo unen a los habitantes de dicho espacio, la lengua que en el caso de Nueva Granada sería la característica más general, pero que no conoce a cada uno de ellos.

Asimismo, el espacio se hace fundamental en la configuración de la nacionalidad, puesto que la descripción de un lugar particular va configurando el imaginario de nación con la mención de lugares que el lector puede identificar. Es bueno, entonces, recurrir a la descripción de la aldea de N*** de la novela *Dolores*:

Forzoso es confesar que N*** no era sino una aldea grande, no obstante el enojo que a sus vecinos les causaba el oír la llamar así, pues tenía sus aires de ciudad y poseía en ese tiempo jefe político, jueces, cabildo y demás tren de gobierno local. Desgraciadamente ese tren y ese tono le producían infinitas molestias, como le sucedería a una pobre campesina que, enseñada a andar descalza y usar enaguas cortas, se pusiese de repente botines de tacón, corsé y crinolina (Acosta, 47).

Está claro que N*** es un espacio pequeño, sencillo y cambiante como resultado de la evolución política que el país está enfrentando. Esto se evidencia en la llegada de todos aquellos entes políticos mencionados por la autora que alteran el orden de un pueblo ajeno a los ajetreos de la ciudad. Pero cuando el lector se pregunta ¿cuál es este pueblo? la respuesta es clara: es todos los pueblos. Un habitante puede llegar a esta lectura y entender este espacio descrito como el suyo y en un tiempo calendario similar, en palabras de Acosta (2009) “Un pueblo cualquiera puede mostrar uno de esos cuadros completos donde se encierra una sociedad” (p. 160), donde las características son comunes a cada poblado así como las acciones y tradiciones de quienes allí viven, pero es una semejanza que se debe limitar a la vez a un espacio mayor, la Nación.

Es por esta razón que en las novelas, como en el caso de Acosta, el nombre del lugar no es necesario porque ya se reconoce como *mi* espacio, donde suceden hechos similares a los que *yo* vivo y existen personajes que se reconocen fácilmente en el vecino, la mujer que va a la Iglesia o el hombre que camina por el pueblo, y con los que, por consiguiente, el lector se identifica rápidamente configurando su comunidad imaginada. Esto genera un *mundo de plurales*, como lo denomina Anderson (1993), en el que el espacio, así como el

héroe, no es solo una palabra quieta e inerte en el texto sino también un espacio vivo y un hombre que lucha, come y trabaja como lo hace el lector⁴.

El reconocimiento se dio de manera más precisa con el lenguaje. Si bien en América era difícil diferenciar las nuevas naciones a partir de su lengua, aunque en una mirada general era el español el idioma de Centro y Suramérica, los modismos se establecieron como la marca característica de la diferencia entre regiones y la cual permitía distinguir cuando un autor se refería a un espacio determinado. Aun así, la preocupación por el uso de estos vocablos regionales, en algunos casos degenerados por los hablantes, no se hizo esperar. Y ya que era indispensable enseñar y exponer un lenguaje culto⁵, que si bien debía ser propio no tendría que alejarse mucho del modelo castellano, y así construir una imagen correcta a lectores nacionales y extranjeros, se hace un llamado a todos los jóvenes y viejos escritores que se ve publicado en *La Prensa* en 1866 con la siguiente petición:

Quisiéramos, pues, que los escritores de costumbres no sacrifiquen nunca la fidelidad a la elegancia : estas dos cosas son conciliables ; que no pusiesen en boca del pueblo glacismos, que el pueblo no usa, i trataran de emplear un lenguaje rico i propio sin ser vulgar. Lean a Cervantes que es el modelo[...]

[...]recojan del pueblo jiros i vocablos que se están anticuando por culpa nuestra, límpienlos, separen la tierra i la paja, i adopten sin escrúpulo, una vez lavado, el oro popular. (Número 7)

Y poco después de la breve descripción de N*** aparece en *Dolores* ahora un espacio más típico, una fiesta en el pueblo, “La plaza estaba cubierta de mesas de diferentes juegos de lotería, *bisbis*, *pasadiez*, *cachimona*, etc., en los que con la módica suma de un cuartillo se apuntaban todos aquellos que querían probar suerte” (Acosta, 49). Aquí no solo el juego sino el nombre con el que se denomina permite al lector conocer su procedencia, tanto al que lo juega como al que lo ha escuchado nombrar o quizás en un viaje lo conoció, y así reconoce que se trata de un espacio específico.

⁴ Aunque en *Manuela* de Eugenio Díaz aparece el nombre del pueblo también reconocemos la idea de la metáfora entre el pueblo y la nación. Por otra parte, en *Manuela* se diferencia el pueblo de tierra fría del pueblo de tierra caliente aunque las condiciones nacionales no están igualmente matizadas. En ese sentido, la novela de Díaz sigue siendo más ambiciosa aunque sea una de las técnicamente peor realizadas en la época.

⁵ Este problema del lenguaje culto y sus vínculos con el poder en España es trabajado en el libro de Ángel Rama *La ciudad letrada*

El relato prosigue,

En otras mesas y bajo de toldos algunos tomaban licores de toda especie: *chicha de coco*, *guarapo*, anisado, mistela y hasta brandy y vino no muy puros; mientras que otros encontraban el *ideal* de sus aspiraciones en succulentos guisos, *ajiacos*, pavos asados y *lechonas* rellenas con ajos y cominos (Acosta, 49).

La comida limita aún más las opciones del espacio puesto que las formas de preparación son típicas de una zona específica así como los productos, lo que es determinado por factores como el clima. La bebida, por el contrario, si es más general, el brandy y el vino no son propios de Colombia, donde tiene lugar la novela, y revela una costumbre apropiada de la cultura europea; la *chicha* y el *guarapo*, por su parte, sí son tradicionales y refieren a una región. Ahora, “De aquí para allá discurrían grupos de gente del pueblo cantando al son de tiples, *alfandoques* y *carrascas*[...]en los pueblos no se creía en ese tiempo que pudiera haber fiestas populares si no las presidía la *chirimía*” (Acosta, 49). La música es, sin duda, otro elemento característico y típico de una región aunque no es muy específico porque territorios cercanos pueden compartirlo, como es el caso actual de la música llanera en Colombia y Venezuela. Finalmente, es importante resaltar de este fragmento el hecho de que ofrece una posición en el tiempo, *en ese tiempo*, que da al lector una idea que ese también puede ser *su* tiempo; se vuelve a la idea de la simultaneidad.

Todos son índices que van configurando un imaginario nacional con el que el lector va a identificarse por medio de datos, características y costumbres que lo hacen parte de un lugar y un tiempo específico que pueden aceptarse como algo propio. Sommer (2004) decía acerca del costumbrismo que su función es la de “promover un imaginario común a través de las capas medias de escritores y lectores, quienes constituían la expresión más auténtica del sentimiento nacional” (31), y fue, sin duda, una herramienta bastante utilizada por escritores de la época y necesaria para la intención nacionalista, ya que al plasmar lo que hace *ser* a una comunidad, además el escritor permitiría que quien leyera se identificara y se clasificara en un grupo específico de personas que quedarían bajo el nombre de Nación. Incluso, si el lector no perteneciera a ese espacio la obra le permitiría conocerlo, como ya el

prólogo de *Museo de Cuadros de Costumbres*⁶ lo explicaba, “Si las figuras humanas que se ven en el vasto cuadro que forma nuestro libro han de servir para dar a los que no nos conocen alguna idea de lo que somos y hemos sido[...]” (LA PRENSA, número 7).

El costumbrismo fue uno de los productos que dejó el romanticismo en la América hispana y Eduardo Camacho (1982), al revisar la literatura del siglo XIX, lo explica como una consecuencia de la desviación de escritores románticos que se dejaron llevar por una descripción de lo inmediato. Dice de esta corriente que es *tipista*, busca lo común, y del escritor costumbrista que “no se ocupa del hombre individual y concreto, sino de lo que externamente ofrece de común con otros hombres de una misma condición o clase social, y una época y una región determinadas” (630). En definitiva, es lo que hace resaltar un espacio, lo que lo diferencia y a su vez lo asocia con otros, distinguiendo cada nación pero igualando cada pueblo en ese espacio determinado, de tal manera que logara la configuración de un imaginario común, nacional, al reunir seres tan heterogéneos en un mismo punto. Sin embargo, el éxito de dicho propósito estuvo condicionado a la habilidad de quien escribía ya que, a pesar de convertirse en el modelo de muchos, fueron pocos los que lo supieron explotar. Acerca de esto dice:

Todas estas novelas [costumbristas] adolecen de las mismas fallas de estructuración o de integración entre la trama sentimental y la descripción costumbrista o paisajista, ausencia de verdadera caracterización de los personajes, predominio explícito de lo ideológico sobre lo literario o meramente realista y, en fin, insuficiencia genérica que hace que no puedan ser consideradas como verdaderas novelas (Camacho, 642).

Este escritor ataca duro a las novelas y a sus autores, en su mayoría terratenientes que aprovecharon la forma aparentemente sencilla de la descripción para aventurarse en el mundo de la literatura sin mucho éxito. La calidad de la producción fue una preocupación que también se hizo presente durante la segunda mitad del siglo en quienes, por su aventajada posición intelectual y social, sirvieron de jueces literarios: editores de prensa y los mismos escritores y colaboradores de ésta. Estos aprovecharon las publicaciones para

⁶ Un obra que recopila los cuadros de costumbres escritos hasta 1866 y al que se hace mención en *La Prensa*, número 7, 21 de julio, 1866.

dirigir la producción con consejos y opiniones, como lo hacen en el siguiente fragmento publicado en 1866 y en el que elogian los escritos costumbristas europeos, pero advierten cómo los americanos se está quedando muy por detrás de estos:

[...]son cuadros de costumbre [los europeos], son escenas de la vida de un pueblo, son historia, en una palabra, i no comoquiera, sino su historia viva : título mas que suficiente para justificar la estendida celebridad que gozan.

Los hispano-americanos hemos cultivado también esta literatura *nacional* en lo que llamamos artículos de costumbres ; siendo precisamente esta manera de cultivarla, que se resiente de lijereza i poca laboriosidad, un reflejo de nuestras costumbres mismas (LA PRENSA, número 7).

Este fragmento deja claro que la idea de un costumbrismo propio pobre, un pensamiento que se fijó de tal manera que incluso en la actualidad se mantiene y que responde no a la mano perezosa del escritor, diversos artículos afirman que la nación ha producido grandes escritores, todos pertenecientes a la exclusiva élite, sino a costumbres mediocres que no permiten una escritura más rica por ser este género reflejo de las mismas tradiciones.

La crítica que hace Camacho (1982) a la cercanía entre literatura e ideologías de la época hace necesario recordar que en ese entonces era impensable una separación entre literatura y política, ya que muchas veces la primera se convirtió en un vehículo para la propagación de la segunda. Sin embargo, la excesiva cercanía pudo generar inconformidad en los lectores, puesto que era importante para los neogranadinos que existiera cierta imparcialidad en los escritos literarios y, por supuesto, en la prensa, ya en un artículo decían “[...]pues por una de esas aberraciones de nuestras costumbres políticas, son jeneralmente mal vistos entre nosotros los periódicos que recibe su inspiración directamente de los miembros del gabinete[...]ojalá siguiendo una conducta imparcial i moderada logre aclimatarse[...]” (LA PRENSA, número 6), esto acerca de un nuevo periódico muy cercano a ciertas corrientes políticas.

Aun así es exagerado generalizar de este modo la producción literaria, ya que también es necesario reconocer que fueron muchos los escritores que se dedicaron en cuerpo y alma a este oficio perfeccionando la técnica con años de experiencia, criollos a

quienes su excelente preparación académica les permitió crear literatura excepcional, tal es el caso de Soledad Acosta y Jorge Isaacs⁷, entre otros.

También es interesante resaltar que en Colombia se da un costumbrismo rural que se olvida de la ciudad, como sucede en novelas representativas de la época como *Manuela* de Eugenio Díaz y *María* de Isaacs⁸. De *Dolores*, de Acosta, puede decirse lo mismo, el espacio en el que se desarrolla es el campo, el pueblo, y relata costumbres típicas de regiones alejadas de la ajetreada urbe. Incluso, al final de la novela, cuando Dolores huye por su enfermedad lo hace a un área aun menos urbana, en una pequeña cabaña campo adentro. Por su parte, en *Teresa la limeña* la autora no se limita a espacios del campo al abrir los ojos del lector ante la Europa del siglo XIX, adonde Teresa es llevada por su padre movido por el deseo económico y las ansias de una mejor reputación. Aun así lo rural prevalece y la naturaleza, espacio de sanación y tranquilidad, reaparece cuando Teresa y Lucila necesitan consuelo y se reconfortan al mirar el paisaje, lo natural.

Lo rural toma importancia porque es el campo el espacio ideal para aquellos romances con los que el lector se entusiasma y sufre, porque son amores que ante los ojos de la sociedad no son correctos. Es cierto que en el pueblo las diferencias sociales persisten, así como los prejuicios y el recelo al acercamiento entre razas y estratos, pero también es seguro que la ciudad subraya todavía más estas diferencias mientras que el pueblo posibilita la realización de la historia de amor, éste es el lugar para “[...]concretar la pureza de la felicidad en un espacio de valores cristianos” (Acosta, 162). En este espacio el personaje rescata su interioridad de tal manera que lo externo y superficial pierde valor y así puede construirse el camino para el perdón cristiano y la unión divina, como es el caso de *Dolores* donde la protagonista encuentra la felicidad de mano de la muerte.

⁷ Si bien la primera versión de *María* fue criticada con fuerza, es también cierto que posteriores versiones afirman la destreza de Isaacs.

⁸ La crítica sobre Isaacs sugiere que en la novela aparecen alusiones que pertenecen en una misma medida al romanticismo, el realismo y el costumbrismo. Actualmente, el uso de estos conceptos literarios para la tradición latinoamericana es bastante problemático.

De igual manera, acercarse al campo es el medio que tiene la sociedad para aproximarse a los valores humanos que se han ido perdiendo a causa de la perversión de la ciudad y la entrada al mundo moderno. En este sentido, en el pueblo y en las diferentes regiones apartadas de la urbe el lector encuentra “[...]los valores primeros, donde debe sostenerse una sociedad” (Acosta, 198). Ya, desde la literatura de Andrés Bello, la confrontación entre el campo y la ciudad había sido enunciada con claridad para toda la sociedad latinoamericana del siglo XIX.

El costumbrismo permitió que el lector se identificara con el espacio y los personajes descritos de tal manera que él mismo se fuera integrando en la idea de ese imaginario nacional; visto desde Anderson (1993), quien leía, empezaba a reconocer que existían otros que habitaban su mismo espacio, comían lo mismo que él, escuchaban la misma música, celebraban como él lo hacía y tenían desventuras y alegrías similares, de modo que podía ubicarse en un grupo particular, su propia Nación. Al mismo tiempo, sirvió de crítica a aquellas formas de comportamiento que se consideraban incorrectas para el buen funcionamiento de la sociedad, de manera que rescataba las tradiciones antiguas que normalmente estaban ligadas a concepciones religiosas y que chocaban con el nuevo mundo que se presentaba ahora en Nueva Granada, el cual se mostraba libre y generoso con el poblador y sus pensamientos, en especial medida con el hombre de ciudad.

Para aproximarse al lector, las tristezas y las alegrías fueron asuntos claves porque, a partir de ellos, se recurría al lado más pasional del hombre, a sus sentimientos, de modo que se creaba un vínculo mayor entre el lector y el texto en el cual, el primero, sufría y reía con los personajes, se apiadaba de ellos y se frustraba ante aquello que impedía la realización de su mayor deseo: el matrimonio, porque en estos romances nacionales la felicidad y la agonía reposaban en la unión de los amantes, en la consolidación de su amor⁹.

⁹ La política y la literatura podían entonces confundirse fácilmente ya que eran dos ideas fuertemente enlazadas: la literatura de la época sirvió de medio para la propagación de ideas políticas sin que por esto perdiera su carácter literario.

2.2.1 Amor y Nación en la novela

Recurrimos ahora a la definición que Sommer, en 2004, hace del *romance*,

Los ejemplos clásicos en América Latina son las inevitables historias de amantes desventurados que representan, entre otros factores, determinadas regiones, razas, partidos e intereses económicos. La pasión por las uniones conyugales se desborda sobre una comunidad sentimental de lectores, con el afán de ganar tanto partidarios como corazones (p. 22).

Las novelas latinoamericanas del siglo XIX recurren a la historia de amor para fundir la pasión erótica que representa el amor de los amantes con la pasión por su propia patria. En otras palabras, Nación y amante son los dos grandes amores del hombre que se unen en uno solo a través del matrimonio: los amantes que luchan por consolidar su amor deben enfrentarse a la sociedad entera, a la familia y a todos aquellos que evitan su feliz unión, así como la patria definitiva debe sobreponerse a lo que no la deja estabilizarse, luchas políticas y sociales, problemas económicos, etc. Al respecto, Sommer (2004) dice del matrimonio que éste “se desborda en una metonimia de consolidación nacional en el momento en que contemplamos sorprendidos cómo los matrimonios acortaron distancias regionales, económicas y partidistas durante los años de consolidación nacional” (35), y es el ejemplo de la final y pacífica consolidación en un momento en el que el caos reside en un pueblo golpeado y devastado por los conflictos vividos. La unión marital representa entonces, la realización por la que el hombre lucha y se enfrenta a problemas de todo tipo, es la prueba de que la estabilidad que radica en la consolidación del discurso nacional sí puede darse y que incluye a todas las razas, regiones, ideas políticas y hasta estratos sociales.

Pero tal enfrentamiento y su consiguiente enlace no son tareas sencillas, porque en la novela muchas veces quienes se aman no pertenecen a un mismo mundo y, a pesar de lo cliché que suena, en el siglo XIX esto sí constituía una verdad, el mundo del criollo blanco era absolutamente distinto al del negro esclavo, a tal punto que la posibilidad de unión entre ambos no era más que un mal chiste. Acosta se refiere a esto cuando en *Dolores* se lee “[...]entre personas que aman verdaderamente es preciso una completa armonía, armonía en

sentimientos, en educación, en posición social y en el fondo de las ideas” (Acosta, 56). Dolores se enamoró de un igual, Antonio es educado, de su misma posición social y, sin duda, un gran muchacho; es un amor sano que surge con la primera mirada y que aparentemente puede finalizar en un feliz matrimonio. Pero de un momento a otro el presagiado final se hace realidad y la unión nunca se realiza porque la protagonista cae enferma y muere. Estas ideas se desarrollarán de manera profunda en el siguiente capítulo.

Ahora, Teresa, de *Teresa, la limeña*, es aún más desdichada porque no solo no logra la consolidación de su amor, sino que es obligada a casarse por conveniencia; una unión que no constituye nada más que un negocio, pero que, a su vez, hace parte del proyecto de consolidación en la medida que, de acuerdo a Sommer (2004), el matrimonio buscaba un bien económico, social y muchas veces políticos, tres aspectos que, sin duda, una nación necesita para su estabilidad. En el siguiente diálogo de la obra se expresa esa idea de “negocio” que para la sociedad de entonces constituía el matrimonio:

-¡Cómo se conoce que usted no ha visto aún el mundo! Todavía guarda la ilusión de que los matrimonios se hacen por afecto en nuestra sociedad.

-Pero mi buen sentido no más, contesté, me dice que no se debe desear vivir con una persona por quien no se tiene afecto.

-¡Es verdad!... Y usted, aunque tan niña, me ha dado una contestación mejor que lo pudiera hacer una mujer de experiencia... Es porque a medida que uno vive va gastando el corazón, y usted, sencilla e inocente, mantiene intacto el suyo. ¡El afecto, la simpatía, el amor! ¡Bah!, añadió con ironía; esas son palabras, dicen... ¡Palabras para llenar las páginas de las novelas! El matrimonio es un buen o mal negocio (Acosta, 140).

Así el lector empieza a comprender que la unión marital es imposible en esta novela, y lo sabe también porque el padre de Teresa muestra desde el inicio la intención de utilizar a su hija en beneficio propio, un propósito común a todas las familias y que era tal vez uno de los mayores impedimentos para el amor¹⁰. En todo caso, la conclusión de ambas obras es

¹⁰ El problema del matrimonio es clave para el periodo del siglo XIX, así, bajo diferentes tensiones y en contextos disimiles, el asunto se trabaja en autores europeos.

la de un amor frustrado, y a estas se les une *María*, de Isaacs, en la que la muerte de María, quien representa varios sectores de la sociedad, también impide la final unión¹¹.

La frustración del lector es enorme. Tras superar muchos obstáculos, todos siempre ajenos a la pareja, su amor no finaliza como debería. Caben dos posibilidades para su explicación; la primera, sería una intención casi directa de la élite criolla para enseñar al lector que las uniones entre quienes se denominarían *diferentes* no pueden darse y que, por lo tanto, la mezcla de diferentes razas y clases no permitiría la anhelada consolidación nacional. Sommer (2004) también se refiere al romance nacional como la posibilidad de una “estrategia con igual intención para controlar los conflictos raciales, regionales, económicos y sexuales que amenazaban el desarrollo de las nuevas naciones latinoamericanas” (46), lo que reforzaría dicha idea, en la que la esperanza del futuro ideal cae ante la unión *indebida* de los amantes. La segunda posibilidad se trata de lo que esta escritora llamó triangulación, en la que aparece un tercero, un espacio ideal en el que dicha unión logra su realización, lo que hace nacer en el lector una firme intención de crear esa nueva nación que permitiría la realización del antes frustrado amor.

Esta última intención pudo obedecer al fracaso que venía constituyendo el Estado neogranadino que la élite criolla configuraba. La joven nación ya se había dividido en dos bandos políticos que conformaron, a su vez, pequeñas guerrillas y esto junto a la no muy favorable condición de las negritudes, indígenas y otras razas marginadas que continuaban siendo explotadas por el blanco. Ello elevaba las tensiones internas y demostraba que el progreso al que se llamó con la Independencia nunca llegó a la totalidad de la población, es más, que se estancó en el beneficio de sus ahora gobernantes. La Nueva Granada había pasado de sueño a pesadilla cuando los criollos se dieron cuenta de que no era fácil establecer un gobierno nuevo en un espacio acostumbrado a un orden distinto y, al tomar conciencia de esto, la idea del matrimonio y el *final feliz* se deshacía lentamente.

Pero, como en la novela, a medida que los problemas crecen, el deseo de la pronta unión aumenta, “Y cada obstáculo que los amantes encuentran a su paso intensifica el

¹¹ El análisis sobre esta obra se encuentra en *Ficciones fundacionales*, de Doris Sommer (2004).

amor, suyo y nuestro, por el posible surgimiento de una nación donde el enlace pueda consumarse[...]el deseo se refuerza con la necesidad de superar el inconveniente y consolidar la nación” (Sommer, 66, 68), y tras la visible derrota del nuevo sistema de gobierno que alejaba la oportunidad de la consolidación nacional, la novela no permitía que la esperanza decayera en el lector, quien se movía con las pasiones de los héroes.

La novela termina en la inalcanzable realización del amor a través del matrimonio, pero el solo hecho de que los amantes se amen ya establece que el casamiento y por supuesto la configuración nacional, son posibles, solo queda luchar y si el amor que conmovió al lector no tuvo un final feliz, ahora éste va a pelear por la nación en la que el enlace de los amantes hubiera podido ser. Ambas pasiones, la erótica y la nacional, son inseparables, se necesitan mutuamente, “La aventura romántica *necesita* de la nación, y las frustraciones eróticas *son* desafíos al desarrollo nacional” (Sommer, 68). Existía entonces entre el Estado y el sujeto una relación pasional en la que el Estado necesitaba un discurso legitimador que se daba en el deseo erótico, un deseo producto del poder represivo. De esta manera, fue también necesario un cambio ideológico que, a su vez, replanteara jerarquías tradicionales, una nueva educación erótica en la que el cuerpo y el sexo quedaban subordinadas al alma, debían ser escondidas. Esta represión, contrario a lo esperado, aceleró la lectura de obras “prohibidas” que acercaban a las jóvenes a la enseñanza de la perversión, de manera que algunos autores aprovecharon este auge para hacer de su obra medio de transmisión de estos proyectos nacionales.

Esta doble lectura, personal y política, fue posible por los elementos que constituyeron la novela del siglo XIX, en primer lugar, ser una obra costumbrista en la que el lector puede identificar el espacio y el tiempo como suyos y, en segundo, por el vínculo entre el amor erótico de los amantes de la obra y el amor pasional del lector por su nación, un amor que en ambos casos se fortalece por el deseo que surge ante el obstáculo. Fue por eso importante que todo pareciera lo más real posible, “[...]las novelas fundacionales son precisamente aquellas ficciones que tratan de hacerse pasar por verdad y convertirse en el terreno de la asociación política” (Sommer, 63), y de esta manera el lector podría verse parte de un espacio que leía y existía, su nación. La pasión que suscitaba el amor de los

amantes se equiparaba a la que debía surgir al sentirse parte de una nacionalidad y por la que se debía luchar para lograr la estabilidad nacional¹², lo que en el caso de la novela era el matrimonio.

La novela se constituyó el medio ideal para transmitir un discurso nacional porque en ella había lugar para todos los elementos que componían la compleja sociedad neogranadina, creaba un vínculo entre lector y texto por la identificación del primero con el segundo y lo conmovía utilizando sus pasiones. La lectura incluía varias actividades puesto que no se trataba solo de leer, también era importante el análisis, la interpretación y socialización, en la cual las ideas transmitidas llegaban a varios sectores en una sociedad urbana y rural a lo largo de todo el país, dado que una parte de la población letrada habitaba en haciendas distantes a la ciudad. Asimismo, el hecho de que la novela se leyera por fragmentos, dado que se imprimía por entregas, producía una curiosidad y un interés que sumaba lectores cada publicación y generaba interesantes discusiones en reuniones sociales, en las cuales todos se preguntaban y se animaban a proponer el qué pasará.

2.2.2 Personajes

La selección de personajes en estas novelas debía ser precisa porque cada uno de ellos configuraba un imaginario particular que venía a ser parte de uno mayor, el nacional. Cada imaginario particular mostraba al lector un comportamiento debido e ideal, como es en el caso de los héroes y heroínas en los que siempre la virtud resaltaba y uno incorrecto, el cual sería el del antagonista, en quien residían los vicios y era el encargado de impedir el amor de los protagonistas usando diferentes trucos.

Del mismo modo, cada comportamiento estaba determinado por la condición natural y social del personaje, es decir, su raza, crianza, educación y, por supuesto, clase social, lo que generó un estereotipo de cada casta que se repitió en algunas obras. Sin embargo, es imposible generalizar por la variedad de personajes de una misma etnia, ya que, por

¹² Esa lucha se refiere tanto a las “conciliaciones políticas, o los convenios [...] [para] acceder a la clase de Estado que habría de unirlos [a los amantes]” (Sommer, 65), así como a las luchas físicas que ya existían a causa de la rivalidad de ambos bandos políticos en la Nueva Granada, cabe recordar que la literatura muchas veces estaba cargada de ideales políticos que buscaban la adición de nuevos seguidores.

ejemplo, si el ser indígena pintaba a una mujer como tramposa y malvada en alguna obra, en la otra, era protagonista y su origen la dotaba de virtudes. En la obra de Acosta *Teresa la limeña*, otro ejemplo, la envidia y la falsedad residían en una mujer blanca y rica, Rosita Cardoso, quien pertenecía a la misma posición social de la protagonista, como se verá detalladamente en el próximo capítulo. En todo caso, las diferencias étnicas y sus percepciones estaban mayormente ligadas a la posición de los personajes o del narrador, más que por su aparición en la novela (Acosta, 2009).

Aun así puede hacerse una diferencia clara entre los dos tipos de personajes, la mujer y el hombre. El hombre estaba ligado con lo público y esto lo obligaba separarse de su amada e ir a luchar en la guerra, ya que de acuerdo a Acosta (2004) “como héroe debe postergar la felicidad ante los requerimientos de la colectividad nacional” (187). El personaje masculino estaba directamente relacionado con el honor, el cual provenía de elementos naturales como su origen y exteriores y sociales como educación y fortuna, pero que en novelas históricas se relacionaba con la valentía en la guerra y las luchas nacionales. El honor determinaba sus relaciones en todos los campos; de hecho, era una característica clave al momento de empezar una vida marital porque marcaba la aceptación por parte de la futura esposa y sus padres.

En *Dolores* la presencia de cierto personaje, Basilio Flores, muestra esta relación, puesto que su origen desgraciado por ser hijo de una campesina, le niega la entrada a la alta sociedad a pesar de ser apadrinado desde pequeño por un español y tener una gran fortuna herencia del anterior, de manera que es rechazado y burlado, tanto por los grupos políticos, a los cuales intenta unirse sin mucha suerte, como por la mujeres, quienes no lo podrían ver como una opción marital, un tema que se amplía en el siguiente capítulo.

El oficio de quien pretendía a la mujer también determinaba su éxito en la sociedad y con la mujer, al mismo tiempo que le permitía a la novela marcar costumbres y generar tensiones entre clases, lo que señalaba nuevamente las diferencias sociales y la imposibilidad de la realización de amor de los protagonistas (Acosta, 2009).

Para que un hombre pudiera pretender a la mujer era más que necesario que estuviera a su altura, por eso en algunas novelas puede la educación mostrarse como una solución al impedimento de su amor, ya que lo llevará a lograr la fortuna que le otorgará una posición favorable ante la sociedad. Sin embargo, es una idea que no tiene mucho éxito porque rompe el orden social que podría denominarse *natural*, puesto que se establece por la pureza de la raza en la que entre más español más limpia la sangre, lo que cierra por completo las puertas a quienes su linaje no los vincula con la Madre Patria. Sobre esto, Acosta (2009) dice, “La educación no siempre es mostrada como una solución moral. Acceder a ella en tanto forma de ascenso social es intentar ingresar a un espacio al que no se pertenece, lo que conduce al fracaso” (166).

Las profesiones marcaban la división social, por lo que darle un determinado oficio a algún personaje ya representaba su éxito o fracaso en sus propósitos, en el caso de los protagonistas, en la aceptación de la unión y la consolidación del amor en el matrimonio, lo que aludía directamente al tema de la educación y la cual no podía dejar de pensarse como la manera de ascender social y económicamente. Era claro que había una división grande entre los diferentes tipos de trabajo, oficios manuales como el del artesano o el campesino no eran valorados en la medida en la que quien lo practicaba no tenía una buena posición social, eran labores que ejercía la parte iletrada de la sociedad quienes su fuerza física o habilidad manual les compensaba su falta de estudio. Los artistas pertenecían de alguna manera a este grupo, ser literato, poeta o músico no eran bien vistos. Sí es cierto que grandes escritores pertenecían a la élite letrada de la sociedad criolla mas debe quedar claro que éstos también practicaban otro oficio casi siempre relacionado con el mundo político. Acosta (2009) lo describe de esta manera,

[...]son funciones de importancia las que tienen tanto los militares como los doctores; un vínculo social que en pocas oportunidades se asigna a los abogados o maestros. El oficio que generará mayor tensión –dada su poca legitimación y función social- será el del artista, aquel músico que debió ser abogado, el sinnúmero de pintores fracasados, el sufrimiento del escultor, el falso poeta, en otras palabras, la constante del arte unida al dolor (197).

Esta relación entre profesión y condición social condenó la realización del amor en la novela *Teresa, la limeña*, puesto que Teresa cae enamorada de un músico que no logra estar a su nivel, y con más trabas en medio, esto impide que el amor puro de ambos pueda llegar al anhelado matrimonio.

Por otra parte, el papel de la mujer es de vital importancia en estas obras porque en ella recaen los valores de la sociedad. Estos siempre son vinculados a la moral cristiana, por lo que muchas veces la intención de los escritores se dirigía a la mujer con el objetivo de que fueran las encargadas de “[...]elevar a las naciones por medio de la moral, hacer culta a la sociedad y a los hombres buenos para lograr el progreso, que solo será posible al cabo de mucho tiempo de esfuerzos y sufrimientos” (Acosta, 81). La figura femenina mantiene el orden de la sociedad y es el modelo ejemplar del buen comportamiento, por ello las heroínas actúan más en beneficio de los otros que el de ellas mismas, sometiéndose a la voluntad del padre y del esposo. Esa es precisamente la función de la vida de la mujer, quien sigue un recorrido que se traza desde antes de su nacimiento, de mujer pura y virgen que sirve a sus padres pasa a la de esposa sumisa y madre abnegada, un sufrimiento terrenal que tendrá su recompensa en la muerte cuando alcance la total felicidad.

Dolores renuncia a su amor por Antonio a causa de su enfermedad, incluso sacrifica la cercanía a su familia para evitarles vergüenza por el lazarrillo, y finalmente alcanza con su muerte la tranquilidad. La enfermedad se repite como quizás el mayor impedimento del amor, la mujer en el campo que se desprende de lo terrenal para alcanzar la gloria divina.

Pero así como está presente la mujer que cumple con los ideales de la sociedad existe también su lado oscuro, y es la figura que se deja llevar por las pasiones viles que residen en lo terrenal, en lo efímero; es la mujer vacía, normalmente se encuentra en la ciudad, que se deja llevar por modelos huecos, es aquella que está pendiente de la moda, imita infructuosamente las tendencias extranjeras haciendo de sí misma un ser humano despreciable. En esta medida, para esta mujer las labores de hija, madre y esposa sacrificada representan una carga y lo único que la motiva a esto es el dinero. Para dar un ejemplo de esta figura es necesario retomar a Rosita Cardoso de *Teresa, la limeña* quien se

maneja por el chisme, la envidia y las apariencias y busca desesperadamente una unión beneficiosa.

De este modo, el héroe y la heroína adquirieron una función primordial al pintar el comportamiento deseado por la sociedad, el cual se basaba en leyes y normas religiosas que venían siendo desplazadas lentamente por el imaginario de la sociedad moderna europea que se introducía a la comunidad neogranadina, directamente a las ciudades, y que daba mayores libertades y reducía los prejuicios sobre pensamientos y conductas. Para atacar ese imaginario occidental los escritores introdujeron al personaje viajero que sale de la sociedad neogranadina y se acerca a nuevas comunidades, personas y mentalidades para concluir que los valores tradicionales deben imponerse ante los ahora modernos. Asimismo, este personaje logra, según Acosta (2009), generar una diferencia entre naciones, cabe recordar que entre autores y editores era común los viajes fuera del país, especialmente a Europa, por lo que podían detallar diferencias entre lo criollo y lo que no lo era, lo que colaboraba en la construcción nacional en la medida que distinguía una nación de la otra.

2.3 El presente exige un pasado

En la lucha por la configuración de un discurso de nación la élite criolla intelectual también buscó legitimar su pasado con el objetivo de tomar una posición ante la historia propia y ubicar su Nación en la de Occidente, es decir, “Otra razón para escribir la historia era referirse a la continuidad del desarrollo del espíritu humano, el cual había permitido la existencia de hombres como los de la Independencia” (Acosta, 54). Para la creación de esta historia nacional la élite escogió otra vez lo literario, pero esta vez, primero, a partir de la elaboración de una historia literaria referente a obras anteriores a 1810; y segundo, con la producción de novelas históricas: relatos de realidades anteriores al proceso de Independencia en las cuales sobresalía el valiente hombre americano que se enfrentaba a muerte con el sanguinario español con el único propósito de lograr el bien de su patria. Felipe Pérez, colaborador de *El Mosaico*, fue uno de los autores que se dedicó a esta clase de obras exponiendo la conquista y la colonia desde una perspectiva indígena. Con la

primera estrategia se reconoció la importancia de la literatura como reflejo de su época, como consecuencia de su medio y el método capaz de llenar el vacío de historia, la escritura como reflejo de un pasado propio y común en el que también tenían espacio los marginados.

Escritores como José María Samper y el fundador de *El Mosaico* José María Vergara y Vergara entendieron la importancia de esta labor por el hecho de considerar a la historia de la literatura; según el primero, como la que da cuenta del progreso de una nación, razón por la que la historia en la Nueva Granada anterior al auge novelístico de 1800 puede verse en dos etapas: la primera, perteneciente a los fundadores de la civilización en la cual la importancia radica en lo religioso; la segunda, a los fundadores de la Independencia en la que resalta el patriotismo. Vergara y Vergara, asimismo, buscó legitimar el pasado por medio de la compilación de la historia literaria neogranadina bajo un libro que lleva el mismo nombre e introduce así: “En 1861, en medio de la guerra, imprimí como folletín en “El Cundinamarques” los cinco primeros capítulos de “La Historia de la Literatura Granadina” [...] reputo la publicación de un libro [éste mismo] cuyo índice no mas manifiesta que la materia es grande y el autor pequeño” (LA PRENSA, número 6).

De igual manera, el autor se refiere a la historia con su poesía. En ésta el elemento indígena se hizo presente ratificando un pasado único en el que al mismo tiempo intervenía lo español a través de la tradición católica, una causa a la que permanecieron atados los conservadores y se permeó a artículos y crónicas de publicaciones como *El Mosaico*, que en el número 15 del 19 de marzo de 1859 afirma, “La infinita bondad de Dios es comparable a los rayos del sol; unos pocos alumbran cuando existe, los otros van a perderse en la inmensidad”. Para este autor lo religioso unía herencias españolas como la lengua común y las tradiciones, elementos que debían ser aceptados como propios y heredados con el fin de legitimar dicho pasado y, a su vez, cumplían la función de ocultar y negar el indígena (Acosta, 2009).

Y lo europeo se inmiscuía de nuevo con lo americano porque si en el presente la influencia de la literatura occidental, especialmente la española y francesa, alteraban los

pensamientos y las formas, en el pasado era ésta la que imponía la norma, de tal manera que la historia, aunque propia, se inundó de imaginarios europeos en los cuales lo religioso marcaba el camino. Este hecho conformó otra gran división entre conservadores y liberales, a quienes unía el deseo de la realización de un proyecto nacional pero dividía su configuración. Vergara y Vergara defendió la religión y los ideales occidentales con convicción, sin embargo, como ya se mencionó, los liberales no estaban de acuerdo con la posición que el gobierno conservador buscaba otorgarle a la Iglesia por lo que para ellos fue fundamental que en una historia y un futuro nacional lo religioso se separará y, de esta manera, la literatura se emancipara de los lazos europeos.

Para la sociedad neogranadina del siglo XIX la literatura, en función de su utilidad, se estableció como el reflejo de su medio, y en esa medida el escritor era producto de lo que veía, vivía, reflexionaba y soñaba, y en un momento tan definitivo como este siglo en el que social, política y culturalmente la Nueva Granada volvía a nacer, su letra era tanto la cohesión de miles y hasta millones de pensamientos, dudas e inseguridades de cada habitante, como la luz que los iba a guiar a todos en el arduo camino que empezaban solos.

Por eso no solo fue importante una producción en el presente que proclamara una nacionalidad y un futuro seguro, sino una del pasado que fuera fundamento para los ideales criollos, justificara las acciones de quienes construían el discurso nacional e impulsara nuevas propuestas en el orden de consolidar dicho discurso. Se hizo pertinente esta justificación no porque la necesitara la élite sino porque la población pérdida entre luchas y gobiernos no había comprendido la fuerte urgencia de independencia en la que criollos tradujeron su deseo de gobernar, para éstos era más que una opción un deber,

I mas luego, una jeneración vigorosa i altiva brotada en el mismo suelo colombiano, se levanto para vengar la antigua raza [indígena], i desgarró la bandera ya desteñida i ajada de los conquistadores para clavar en cambio de ella el pabellon de los hombres libres en el corazón de los Andes (EL MOSAICO, número 1°).

Así inicia la primera edición de *El Mosaico*, cuya importancia se verá más adelante. Es entonces evidente la necesidad de aclarar los hechos pasados para justificar los presentes, una independencia que concluiría en la obligación de la creación de un discurso

nacional que les diera estabilidad a todos los pobladores que tras la lucha independista no sabían a dónde pertenecían.

Para que el pasado neogranadino, en el caso de la configuración de una historia literaria, se incluyera en el presente de la comunidad, la élite intelectual acercó las obras a los lectores a través de catálogos bibliográficos publicados en la prensa nacional, de tal manera que las publicaciones vuelven a tomar una posición primordial durante la construcción del discurso nacional.

2.4 La prensa al servicio de la literatura

Como ya se explicó, cuando la concepción sobre el tiempo asumió la idea de la simultaneidad que explicó Anderson (1993), en la que se posibilitaba el “mientras tanto” en las acciones que rodeaban a un ciudadano, la novela y la prensa empezaron a configurar la imagen de la Nación en la mente del lector en la medida que éste aceptaba la existencia de hombres como él que realizaban tareas similares y en lugares semejantes al suyo, entendiendo el concepto de comunidad imaginada, es decir, el de Nación. El caso de la prensa es similar al de la novela: en alguna publicación un hombre lee una noticia y conoce por la fecha que fue un hecho que sucedió en un tiempo que él también vivió, y siguiendo la idea de tiempo “vacío y homogéneo” entenderá que a pesar de que al día siguiente la noticia ya no vuelve a la prensa su protagonista seguirá viviendo y moviéndose en su espacio habitual, de manera que el lector lo hace en el suyo (Anderson, 1993).

Pero la función de la prensa no se limitó a esto. Ya en el primer capítulo se habló de la función social que adquirieron estas publicaciones, era claro para quienes estaban a cargo, un grupo específico letrado, que al manejar un medio como éste podían configurar un discurso nacional que finalmente le diera el título de Nación al territorio americano y que al realzar lo propio generarían en el lector la pasión patriota que arrancaría de raíz la idea, que en algunas partes de la sociedad se mantenía, acerca de la dependencia con España,

Hai en el [Continente americano] una tierra que por su situación jeográfica está llamada a ocupar un puesto mui elevado entre las naciones, que mui pronto tal vez será teatro de crímenes y sangre; pero que después será un foco de riqueza i civilización.

[...]en su sueño se condensan i fecundan los mas ricos metales; las mas preciosas piedras; en sus bosques se elevan árboles de esquisitas maderas [...] plantas que serán algún día tesoros para la industria del hombre (EL MOSAICO, número 1°).

Los criollos entonces buscaron transmitir un deseo que años antes ya se había gestado en su cabeza y que dio justificación a la lucha independentista, ya que al ser rechazados por los chapetones decidieron enaltecer este territorio de manera que no fuera referido como menos al lado del europeo. Así, poco a poco, el sentimiento nacionalista comenzó a surgir entre lectores de publicaciones periódicas en las que no solo encontraban novelas sino artículos, cuadros de costumbres y crónicas que resaltaban las virtudes de la nación y de sus habitantes,

[...]las publicaciones abundan en todos los jéneros de literatura, los escritores sobre historia, crítica i costumbres revelan el adelanto notable del país en estos importantes ramos; i, lo que es mas apreciable, ya cierto nacionalismo en nuestras publicaciones, ciertas tendencias a esplotar los ricos tesoros de nuestra naturaleza, nuestras nacionales tradiciones i nuestra condición social, objetos que estudiados con intelijencia i esmero, nos servirán en breve de elementos sólidos para la creación de una literatura orijinal [...] (EL NEO-GRANADINO, número 352).

A la grandeza de lo nacional se contrapuso lo europeo, un mundo con ideas y comportamientos que chocaban de frente con el ideal de comportamiento que la Iglesia había impuesto en época de la Colonia. Para esto fueron esenciales las crónicas de viajes en las que escritores mandaban a la prensa nacional sus impresiones acerca de los hábitos, costumbres y la vida en general en otras naciones, de manera que criticaban o enaltecían su comportamiento de acuerdo a la conveniencia para sus editores y, por consiguiente, para el ideal nacional que se estaba construyendo.

Soledad Acosta también escribió crónicas de viajes, algunas de las cuales se publicaron en *El Mosaico* bajo el seudónimo de Andina, uno de los tantos que utilizó y que se presentaban bajo el título de *Revista europea*, he aquí un fragmento:

Recuerdos de Suiza

Hay dos especies de ingleses viajeros: 1.^a los ricos i fastidiados que le dan vuelta al mundo con la mayor gravedad i que fundan su orgullo en comprar cuanta *pedra, pájaro o flor* les ofrecen a precios fabulos. Estos no miran sino con un ojo [...] pero ellos son inofensivos, o al contrario le hacen mucho bien al país, porque aunque son orgullosos y altivos, son jenerosos caritativos con los desgraciados (EL MOSAICO, número 43).

Andina hace un recorrido por Suiza y aprovecha para describir a quienes observa en el camino, europeos que realizan la misma travesía. En este caso, se trata de hombres que por sus grandes fortunas disfrutan de las apariencias como lo evidencian las baratijas que adquieren a grandes precios. Sin embargo, al hacer esto, quizá de manera inadvertida, contribuyen en alguna medida al movimiento económico del país. Luego prosigue refiriéndose a una parte de la sociedad más baja y, por lo tanto, más desagradable,

La 2.^a especie, de ingleses *erráticos*, es una verdadera plaga. Como no son ricos tienen que viajar económicamente i molestan a todo el mundo con sus exigencias, i son bruscos e insolentes; miran todo con la mayor indiferencia [...]

En cuanto a los franceses [...] son [con pocas excepciones] soeces y sin educación [...] los españoles cuando salen de su país solo van a París (EL MOSAICO, número 43).

Está claro que la referencia que hace Acosta sobre el hombre europeo no es muy positiva, y si bien acepta que los ingleses ricos aportan con su generosidad no deja de resaltar en ellos una búsqueda por lo superficial, como lo dice de los españoles a quienes casi ni se refiere, y al segundo grupo de ingleses y franceses los presenta como seres groseros y sin modales. Lo externo era lo primordial en la vida europea, una tendencia que se cuela a toda la tierra americana a través de la moda, no solo en cuanto a ropajes sino muebles y costumbres, lo cual se establece como imagen de clase y riqueza, de tal modo que grupos clase media en su búsqueda desesperada por ascenso y reconocimiento social se apropian de dichas formas de comportarse y vestirse, quedando, muchas veces, en completo ridículo:

Pero el nuevo lujo que empezó a difundirse en las ciudades más ricas por esa época se manifestó como un propósito deliberado del nuevo patriciado [élite criolla] de

mostrarse incorporado al opulento mundo de las nuevas burguesías europeas, entrevistas a través del modelo parisiense [...] Era, pues, un lujo sin estilo, ostentado incoherentemente a través de una forma de vida que sí tenía estilo y cuyo predominio acusaba la simple superposición de elementos extraños (Romero, 234).

Este problema en el que los modelos ajenos exagerados se imponían y dejaban de lado a los propios fue preocupante para la clase criolla porque se mostraba como impedimento en la tarea de realzar el elemento nacional que novelas y artículos destacaban, y por ello aludían a esto en las publicaciones, “En los tiempos que corremos cuando el lujo y la exajeración de las modas invaden nuestra sociedad; cuando la poca cultura unida a la manía de ostentar hacen de nuestras bellas [mujeres americanas] el tipo más contradictorio [...]” (EL MOSAICO, número 15). Esta forma de actuar en la que se buscaba la imitación europea y así se seguía un modelo hueco y superficial hace presencia en la novela. Cabe recordar que ésta impone, a partir de los personajes, modelos positivos e ideales, y negativos e incorrectos, ejemplo de lo que *no* se debe seguir. Esto se constituyó una crítica más que alarmante para la época de entonces.

Contrario a esto encontramos un artículo que resalta los valores ideales en una mujer que aunque rica, se preocupa por los más desafortunados, una postura que sin duda está cargada por el elemento cristiano y la idea de la misericordia y a la ayuda al necesitado, y de esta manera no solo informa sino enseña y propone a quien lee seguir dicho ejemplo, “[...]vimos a una de las mas ricas i respetables matronas de Bogotá dando en su brazo seguro apoyo a un ciego mendigo i haraposo [...] ciertamente solo la caridad cristiana presenta ejemplos tan elocuentes y grandiosos[...]” (EL MOSAICO, número 7). Es, sin duda, el modelo que la mujer debe seguir, siempre apegado a los valores cristianos los cuales están presentes en las heroínas de las novelas.

Los criollos vieron la prensa como la posibilidad de tomar el mando de los pensamientos de sus compatriotas, de manera fueran guiados a través de ella por el camino del bien: “Así, pues, en ninguna parte mas que en pueblos nacientes como el nuestro, la prensa está llamada a ejercer una alta influencia i a producir injentes resultados. La prensa debe encarrillar la opinión pública, iluminar las sociedades, inculcando en todos los individuos las ideas de una civilización progresiva” (EL MOSAICO, número 1º). Este

fragmento pertenece al artículo que abre la primera edición de *El Mosaico*, la publicación de mayor importancia en el ámbito literario, artístico y científico.

Quienes estaban a cargo de esta revista tenían claro cuál era su función, pues ellos, detrás de estas publicaciones, podían configurar las mentalidades de los lectores y así penetrar en toda la población neogranadina. En el afán de establecerse como nación, la élite intelectual criolla entendió que era necesario trabajar la buena imagen del país, tanto dentro de este y, por consiguiente, en la mentalidad de sus habitantes, como por fuera, proyectando un territorio que no se quedara atrás ante ningún otro, “En una palabra nuestra patria es totalmente desconocida en su parte material y moral no solo de los extranjeros, que a causa de la ignorancia nos desprecian como una turba de bárbaros; sino lo que es más triste, es desconocida de sus mismos moradores” (EL MOSAICO, número 1°).

El Mosaico fue un gran avance en el sueño criollo de configurar un discurso nacional, en esta revista lo cultural, académico y científico se establece como parte elemental de la sociedad criolla, y artículos, crónicas y escritos en general enseñaban lo correcto y lo incorrecto desde la perspectiva elitista, un cargo que ellos mismos se otorgaron por su supuesta superioridad intelectual, económica y racial, “I nosotros, soldados mas que débiles de la gloriosa multitud que lucha en todo el globo por ensalzar el pensamiento humano, por establecer en todo él la aristocracia de la virtud i el talento” (EL MOSAICO, número 1°). Los editores y escritores se autoproclamaron encargados, a partir de la prensa y por supuesto lo literario y todas sus formas, de encaminar el rumbo de su nación.

2.4.1 *El Mosaico*, la configuración de una propuesta nacional

El Mosaico: miscelánea de literatura, ciencias i música, entregó durante más de dos décadas cuadernillos de 28 centímetros de largo por 18 de ancho en formato de dos columnas, algunas veces con gráficos. La revista que se entregaba cada sábado tenía una extensión de ocho páginas, a veces mayor, y su valor era de un *peso fuerte* por trimestre. Los temas que abarcaba eran la ciencia, historia, educación y, por supuesto, literatura; era fácil encontrar poesía, cuento y fábulas, así como crónicas que relataban hechos cotidianos, noticias y viajes, y las cuales se publicaban en dos o más entregas. También tuvo secciones

eventuales que daban datos ortográficos, consejos sobre obras para leer o críticas a las mismas; asimismo abrieron un espacio al humor, con la sección *ANÉCDOTAS*:

Pensativa, Ines, dije,

Siempre te miro;

¿I no habrá un *pensamiento*

Para tu amigo?

Tomando ella uno

Que estaba en el florero

Me lo dió al punto (EL MOSAICO, número 15).

El Mosaico inicia cuando, como lo explica Acosta (2009), Eugenio Díaz propone a su amigo José María Vergara y Vergara imprimir una novela de título *Manuela*, lo cual da una idea de cómo muchas de estas publicaciones de la época empiezan a surgir. Finalmente, el 24 de diciembre de 1858 esta novela llega a manos del público con la primera edición de esta revista semanal y durante doce entregas, la última el dos de abril de 1859, sin ser concluida.

El mismo año nace a la par otra revista de título *Biblioteca de señoritas* con el mismo tipo de publicaciones y a cabeza de R. E. Santander. Vergara y Vergara le propone fundir ambos periódicos para que así haya una “hegemonía en el campo de las publicaciones culturales y la colaboración de dos de los más prolíficos escritores de novelas de la época: Soledad Acosta y Felipe Pérez” (Gordillo, 2003), una unión que ese mismo año tiene lugar y que se transmite a los lectores en la edición número 38 del 24 de septiembre de 1859, “Como la empresa de la Biblioteca queda unida a la del MOSAICO, desde hoi se les seguirán mandando el mismo número de ejemplares que antes [...]”. Así, durante las siguientes publicaciones al título de la revista se le agrega *Al cual está unida la Biblioteca de Señoritas*.

El objetivo de la publicación fue el de publicar a toda costa obras nacionales, con el propósito del lograr la consolidación de una escritura nacional:

En algunos periódicos primó el interés por divulgar el máximo posible de la producción nacional, como un propósito editorial. Tal fue el caso de *El Mosaico* que en procura de la consolidación de una escritura nacional, señalaba en su primera época la necesidad de publicar solo escritos nacionales y uno que otro español. Escritores como José María Samper y Soledad Acosta, haciendo uso de seudónimos, escribieron periódicos completos, fundados con el objetivo concreto de publicar sus obras (Acosta, 47).

En su primera edición, en 1858, el artículo que abre *El Mosaico* expresa claramente su deseo: “Procuraremos complacerlos, ofreciéndoles escritos en prosa i verso de escritores nacionales i de cuando en cuando artículos de los hábiles escritores de la Península”.

La intención fue clara. La prensa permitió a la élite la publicación de sus obras, las cuales a la vez fueron conformando una escritura nacional que buscó establecer un discurso capaz de identificarlos como una nueva nación. Así la prensa dio la opción de establecer un discurso nacional y el criollo bogotano, por estar en la cabeza de las publicaciones, tuvo control absoluto de los elementos que harían parte de dicho discurso, lo cual se establece como el tema fundamental de este trabajo en la medida en la que Soledad Acosta, perteneciente a dicha élite, aprovechó esta posición para guiar a los neogranadinos a través de sus escritos bajo un ideal de comportamiento en el que también hubo espacio para la crítica de costumbres y tradiciones consideradas incorrectas.

Pero *El Mosaico* no era únicamente una publicación en el campo literario, quizás era la más importante de la época, puesto que era también un grupo de la élite intelectual bogotana que se reunía en tertulias durante las cuales discutía vivencias, experiencias o solo opiniones de la vida artística y, por supuesto, literaria de la época. Este grupo surge como una necesidad, primero, de un respiro a la monótona vida social capitalina del siglo XIX, y segundo, de llenar el vacío entre los intelectuales bogotanos por la ausencia de alguna comunidad académica que promoviera las artes, la ciencia y la literatura. Ya tres años antes habían fracasado dos iniciativas de instituciones académicas que los federalistas, en ese momento al poder, se habían preocupado por instaurar: el *Conservatorio nacional de ciencias y artes* en 1855 y la *Academia Nacional* que en 1857 hizo su tercer intento (Gordillo, 2003). La intención de crear un espacio de discusión académica también aparece

en la edición 313 de *El neo-granadino* del 18 de octubre de 1855, con la publicación del siguiente aviso:

El Señor José J. Ortiz ha invitado a los literatos granadinos, i a los amantes decididos de las letras i las bellas artes, para reunirse a fundar un gran Liceo de Literatura, ciencias i bellas artes [...]

Rafael Eliseo Santander, escritor y representante en el Senado, fue el primero en ofrecer su casa para las tertulias y posteriormente lo hizo en el año 1864 el también político y escritor José María Samper. Puertas afuera el ambiente político era pesado y conflictivo, en 1854 draconianos y artesanos dan un golpe de Estado en el que cae derrocado el entonces presidente liberal José María Obando, y quien es reemplazado por Manuel María Mallarino, conservador. Sin embargo, las tertulias y la revista *El Mosaico* parecían ser el espacio ideal en el que compartían dirigentes de ambos partidos, como el liberal Samper y conservadores de la talla de José María Vergara y Vergara y José Manuel Marroquín, Presidente de la República de 1900 a 1904, sin tener alguna clase de enfrentamiento. Y el primer número de la revista se esfuerza porque esto quede claro: “Las cuestiones políticas i los odios personales los dejamos para mejor ocasion; por ahora publicaremos únicamente lo que se nos envíe relacionado con las ciencias i las glorias del pais donde nacimos” (EL MOSAICO, número 1°).

También hicieron parte de estas reuniones los intelectuales que en 1837 habían pertenecido al *Liceo granadino*, una asamblea literaria que, de acuerdo a Gordillo, se creó con el mismo objetivo de estimular las ciencias, la literatura y las artes, pero que no logró prosperar, como tampoco lo hicieron varios centros académicos.

Es interesante resaltar la presencia de los ex presidentes Miguel Antonio Caro y José María Marroquín en las tertulias de *El Mosaico*, indicativo no solo de la importancia de este grupo en particular de intelectuales y de la influencia de sus escritos en la sociedad neogranadina, sino del fuerte nexo que se generó entre política y literatura, una relación en la que cada parte se beneficiaba de la otra. Primero, los políticos necesitaban expandir sus ideas a lo largo de un país donde el único medio para hacerlo era la prensa, pero para acercarse al lector necesitaba más que palabras por lo que la literatura sirvió para generar

un vínculo, y segundo, aprovechando esa necesidad las novelas se hicieron más que populares y la escritura y lectura una actividad común en el país en formación.

Aunque las reuniones tenían lugar en Bogotá la circulación nacional de la revista generó un acercamiento paulatino, antes rechazado por la élite bogotana, con aquellas zonas alejadas geográfica y políticamente pero con las que compartían una lengua, tenían una educación similar y por lo tanto gustos parecidos en el campo artístico, un hecho en el que también influye la lenta incursión de los artesanos en la cultura letrada, a partir de periódicos de corte político a su dirección (Gordillo, 2003). Es que era entonces inaceptable para la élite neogranadina que otro grupo participara en la construcción de un discurso nacional, puesto que si bien la Nueva Granada tenía una inmensa heterogeneidad racial era la imagen del criollo la que se quería imprimir en este, la del descendiente español que está por encima de cualquier otra raza, el hombre adinerado y culto que conocía las ciencias y las artes y no la de un hombre de raza indigna, pobre y sin educación. Porque, a pesar de que los artesanos habían llegado a tener cierto reconocimiento y participación política por deseo de los liberales, y su colaboración en el mundo editorial de la época dejaba claro que no eran analfabetas como sí lo era la mayor parte de las razas americanas, para la élite era una idea absurda que fueran ellos quienes dirigieran el discurso que los conformaría como Nación.

El conflicto político en Nueva Granada cada año se tornó más tenso, una situación de la que la revista no logró escapar y que rompe la idea de su aparente neutralidad política, por lo que en 1865 su dirección pasa de manos del conservador Vergara y Vergara, al liberal Felipe Pérez, en un momento en el que en el país “corrían los tiempos de un renovado radicalismo liberal” (Gordillo, 30). Pero esto solo fue una de las consecuencias, ya que en la lucha entre liberales y conservadores el afán por sumar seguidores había crecido y con esto en la publicación se fueron permeando ideales políticos, razón por la que *El Mosaico* debió aclarar en varias oportunidades, durante la dirección de Vergara y Vergara, que no se trataba de una revista de corte conservador.

Durante la dirección de Pérez la revista pudo dejar el carácter elitista que Vergara y Vergara le había impuesto para ahora ser una publicación abierta al público campesino y artesano a través de consejos útiles que ofrecía y de esta manera enfocarse a la intención de un progreso social que se antepuso al anterior afán de lucro. Aun así conservó los mismos escritores. En este periodo también aumentaron las crónicas de la vida europea y los relatos de viajes, escritos por el mismo Pérez, y los cuales trajeron de vuelta la idea de un discurso nacional como reflejo de la imagen europea, un imaginario en construcción que pierde sentido ahora que la publicación intenta dirigirse a una población desfavorecida y tan propia del país.

Sin embargo, la intención se derrumbó cuando chocó con los elevados niveles de analfabetismo. Así fue imposible una apropiación directa del imaginario propuesto a través de la lectura y, como consecuencia, se dio por una apropiación *secundaria* en la que el discurso se transmitió a la población humilde por medio de un tercero que sabía leer y tenía la suficiente preparación educativa para entender lo que se planteaba quien, por supuesto, era el mismo criollo letrado. Por eso este grupo de intelectuales fue elemental para la construcción nacional, porque ya establecida la idea de una literatura nacional capaz de construir un discurso que constituyera dicha nacionalidad era necesario que quién se pusiera en la cabeza de esta labor siguiera un modelo favorable, y la élite bogotana, con sus estudios y sus ideas *européistas*, podía seguir a cabalidad este propósito.

Pero la intención de Pérez no solo se vio truncada por el analfabetismo, sino porque años más tarde Vergara y Vergara retomó la dirección de la publicación durante el periodo 1871-1872, lo que marca el final de *El Mosaico*, tanto la revista como las tertulias. Durante este último momento la revista vuelve a adquirir un carácter político conservador, mucho más cuando se une con periódicos políticos como *El Tradicionalista* de Miguel Antonio Caro.

2.4.2 Escritores y editores

Sobre quiénes dirigían la empresa que era la construcción de un discurso literario que a su vez configuraba un imaginario nacional ya se ha dicho bastante, era un grupo de clase

alta, descendientes directos de españoles, y con una rica educación algunas veces europea, un grupo que se autoproclamó encargado del mundo de las letras y la academia, “A nosotros [los criollos] nos toca el elojio de las grandes acciones, la pintura de nuestros usos y costumbres” (EL MOSAICO, número 1º). Y fue una tarea en la que pusieron todo su empeño, no solo lucharon por crear instituciones dedicadas por entero a la academia, como ya se vio, sino que se dedicaron a la escritura en cuerpo y alma, otorgándole a la literatura un papel primordial en un momento en el que su mundo inmediato, la ciudad americana, era centro de fuertes tensiones políticas y sociales, ya que no solo las clases empezaban a mezclarse en medio de la búsqueda de una homogenización racial, sino que los avances del mundo moderno aparecían lentamente desestabilizando a sus habitantes y sus costumbres.

El siglo XIX transformó en definitiva la sociedad americana. La clase alta anterior a la Independencia “La formaban tradicionalmente los peninsulares, adscriptos a las funciones públicas, poseedores de minas o haciendas, o vinculados al comercio[...]” (Romero, 134), eran los hombres que gobernaban y tenían las más grandes riquezas, haciendas, esclavos y en sus manos se movían los negocios de la minería y la ganadería. Pero cerca a estos estaban “un extensísimo sector criollo inequívocamente mayoritario, de imprecisa fisonomía, tanto por la condición social y el origen como por las actitudes e ideologías” (Romero, 134), un grupo al que condensaba la blancura de su piel y que crecía descontroladamente en número, ya que según Humboldt, a quien alude José Luís Romero (2001), de los 15 millones de habitantes americanos anteriores a la Independencia, 200 mil eran europeos y 3 millones criollos, una diferencia que permitió el desarrollo de la idea independista.

En la clase media también era fácil encontrar criollos blancos, sin embargo, eran hombres que por su mala suerte en los negocios o como resultado de la guerra independentista habían perdido sus fortunas. A estos los acompañaban mulatos y mestizos, constituyendo un grupo social que no se dejaba molestar por prejuicios raciales. Estos últimos, los mestizos, a pesar de su origen indígena eran muy estimados por la clase alta siempre y cuando fueran educados y bien vestidos, y los llamaban “criollos naturales”. Esta clase particularmente estaba siempre en movimiento, es decir, podían ascender y descender

muy fácil dentro de la misma estratificación, y en algunos casos, si la suerte se lo permitía, criollos blancos entraban de nuevo a la alta sociedad (Romero, 2001).

Pero además de éstos, es importante acercarse al grupo oprimido. Antes de la Independencia el campo se estableció como una sociedad aparte, a este espacio llegaba el sector excluido, desde emigrantes ilegales, negros e indígenas que escapaban de sus amos, hasta ladrones fugitivos, de manera que comenzó a generarse una nueva cultura también marginada. Romero (2001) habla de cómo el hombre prófugo del campo termina siendo el gaucho en el caso del sur de América, y el llanero en el caso más cercano, una comunidad apartada que desarrolla sus propias costumbres en las que incluso el idioma se modifica. Pero a finales del siglo XVIII y comienzos de XIX esta “nueva sociedad” debió integrarse al mundo de la ciudad como consecuencia de la lucha independentista, ya que después de ser convocados y participar en la guerra quedaron desubicados espacialmente.

La ciudad era un nuevo mundo para éstos. Según este mismo autor, los grupos sociales se mantenían separados por los barrios, pero en las calles, en los mercados y en las plazas el intercambio cultural tenía lugar y las mujeres de la élite criolla se acercaba a las clases bajas y diferentes razas. Los hombres, por su parte, lo hacían con los negocios y los vicios, como las fiestas, las amantes y el juego. La clase alta empezó a interesarse por la tertulias “[...]que se llamaban literarias, pero en las que ahora, más que de literatura solía hablarse de política, de filosofía, de economía y de ciencias” (Romero, 143), y el mundo intelectual, académico y científico empezó a crecer en importancia, el interés por “[...]alcanzar una educación acorde con la época de las luces” (Romero, 143) se impuso en las familias, y Bogotá se dio a conocer como un gran centro científico en el que podía encontrarse desde una biblioteca hasta un observador astronómico. La ciudad crecía en importancia y en tamaño por lo que fue importante para quienes la habitaban y la gobernaban preocuparse por cómo lucía, por su arquitectura y su limpieza.

La sociedad era entonces una gran masa heterogénea “[...]étnica y culturalmente, una sociedad mezclada y de rasgos confusos[...]” (Romero, 160), y aunque la burguesía se sentía superior a las clases y castas más bajas sabía que era la comunidad en conjunto la

que debía luchar por lo que pensaron era un bien común y cortar definitivamente los lazos con los españoles, de tal manera que la lucha independentista dio a luz una nueva ciudad, una nueva organización y una nueva Nación.

Y tras la Independencia la ciudad en sí no cambió pero sus habitantes sí lo hicieron. La emancipación americana generó una tensión entre lo urbano y lo rural, puesto que al abrir la posibilidad de una lucha de poder nuevos grupos sociales, algunos del campo, llegaron a la ciudad con la esperanza de imponer sus ideologías. Pero lo rural no se anuló con la ciudad dado que el ideal nacional a imponer se basaba mucho en dicho espacio, por ser éste el que mantenía casi intactas las costumbres y normas que debían regir a la sociedad, contrario a la ciudad. De de tal manera, lo que se experimentó, de acuerdo a Romero (2001), fue una *ruralización* en la que ciertos aspectos del campo se introdujeron a la vida de la ciudad.

De esta manera, la sociedad se modificó lentamente y este grupo privilegiado letrado debió abrir las puertas a nuevas personas. Y si bien la Independencia permitió el desarrollo del comercio con la antes prohibida importación y exportación de productos, lo que permitió que muchas familias enteras aumentaran considerablemente sus fortunas, fue muy difícil, sino imposible, su aceptación por parte de la élite. Al contrario, este espacio social se abrió a un grupo que emergía directamente de la guerra independentista y era el militar. En este, claro está, las jerarquías más altas, junto al alto clero y los ricos comerciantes extranjeros, logró establecer una aventajada posición en la escala social. Un nuevo grupo que se decidía por la imitación de los modelos europeos, “Todo se imitó: desde los modelos arquitectónicos hasta la costumbre de tomar el té” (Romero, 226), como también lo hizo la clase media en busca de ascenso social.

Pero si las modas europeas se impusieron como modelo de clase y sofisticación, era claro para este grupo que los comportamientos debían ser criollos rescatando el comportamiento ideal que años antes la Iglesia había enseñado, por eso los cuadros de costumbres relataban situaciones propias que muchas veces criticaban conductas europeas.

Que este grupo se encargara de la construcción del discurso nacional implicó la imposición de sus propios ideales en los cuales debía homogeneizarse la sociedad, pero aún así el orden ya establecido debía mantenerse, puesto que era su pureza racial la que les permitía asumir dicha posición, lo que dejaba de lado a los grupos marginados sometiéndolos a una miseria urbana y rural donde lo único que cambió fue el nombre del amo. Asimismo, en su intento por constituirse como Nación, la élite copió modelos externos, como es el gran ejemplo de la literatura, y desplazó los propios; en este sentido, eliminó muchos elementos criollos que constituían lo americano.

2.4.3 Recepción

Qué tan diferente puede ser hablar acerca de quién escribía el discurso nacional y dirigía la prensa, y quién la recibía. Romero (2001) lo dice, “El periódico circulaba entre las burguesías activas y pensantes, y para ellas escribía el liberal doctrinario, el conservador convencido[...]para ellas escribieron casi cotidianamente las mejores plumas latinoamericanas[...]” (246). La clase letrada era la única que tenía la oportunidad de acercarse a las publicaciones, un grupo bastante limitado y determinado directamente por la clase social a la que se pertenecía, y aunque la existencia de grupos marginados como los artesanos, quienes hicieron parte del mundo editorial con su propia publicación, evidencian que la lectura de la prensa hacía presencia en muchas clases más¹³, el que el discurso fuera elaborado para una clase específica significó que se dirigiera a su vez a un grupo particular que finalmente era el mismo, y el cual se fue constituyendo como el ideal social de la nueva nación. Dado esto, el acercamiento de las clases oprimidas al discurso solo pudo hacerse a través de charlas y corrientes de opinión donde ya había una interpretación, lo que implicó que su apropiación más que una opción fuera una imposición.

No obstante, era también obvio que las publicaciones hacían un esfuerzo por extenderse a lo largo del país y acercarse a la mayor cantidad de lectores posibles, lectores

¹³ Sobre el grado de analfabetismo Acosta (2009) alude a un texto escrito por Felipe Pérez en el que el censo de 1871 arroja de una población de casi tres millones de habitantes un grupo letrado de solo 6.181 personas, y cuyas profesiones eran las de educadores, 1.728; sacerdotes, 1.573; abogados, 1.037; religiosas, 767; médicos, 727; ingenieros, 275 e intelectuales, 82. (213)

específicos, es importante tener claro que entonces la literatura era “[...]una ciencia que requiere conocimiento y consagración, más allá de un pasatiempo de desocupados” (Acosta, 83), por lo que no cualquiera podía hacer parte del proceso de lectura y mucho menos de escritura. La intención de las publicaciones ya se había determinado y el trabajo debía empezar, por lo que se hizo un objetivo el alejarse de la copia extranjera y establecer una literatura propia, nacional, “Debemos buscar por la literatura española el camino de la nuestra, hasta encontrar nuestra verdadera expresión nacional” (LA PRENSA, número 162), puesto que lo que hacía parte de esta “El paisaje, el suelo, el jénero de vida, las tradiciones propias, el lenguaje alterado por los dialéctos[...]” (LA PRENSA, número 162) era enteramente propio¹⁴.

De esta manera, el discurso empezó a configurarse y a expandirse por todo el país, y tras su inmediata recepción se impuso bajo una primera interpretación. Ahora es necesario tener en cuenta que en esa primera lectura estuvo igualmente condicionada.

Había un tipo de lector al que la prensa intentó llegar con mayor afán, la mujer. En la mujer recaían los valores de la sociedad, como ya se vio, así que educarla a ella debía ser el eje central de la intención por configurar una nación ideal y por eso su proceso de lectura debía ser condicionado y vigilado por las figuras de autoridad, especialmente masculinas, quienes decidían a qué obra podía acercarse y a cuál no, ya que una mala decisión podía conllevar a la desobediencia a sus padres o esposo, desestabilizando el orden social y familiar, que finalmente y en un sentido más amplio, descompondría la sociedad en general.

El espacio de la mujer era el privado, el hogar, donde se entregaba al placer familiar. Pero poco a poco se abrió camino en lo público con la participación en fiestas, algunas tertulias y, sobre todo, al tomar la dirección de las obras de caridad, razón por la que fue necesario enfocarse aún más en su comportamiento y sus limitaciones, y así surgieron publicaciones especiales, como la ya mencionada *Biblioteca para señoritas* (1858-1859), *El Iris. Periódico dedicado al bello sexo* (1860-1868) y *El Rocío. Periódico literario dedicado al bello sexo y a la juventud* (1875-1876), las cuales, dirigidas y escritas en su mayoría por

¹⁴ A parte de la española, para los neogranadinos la corriente francesa e inglesa eran el modelo a seguir.

hombres (con excepciones), buscaron orientar a la mujer en el camino de los valores y deberes cristianos a partir de la lectura de obras (Acosta, 2009).

Pero sin duda lo que realmente condicionaba la interpretación de la obra fue el mismo autor, a quien se podía encontrar en la obra de manera directa o indirecta. Era importante su presencia porque había un discurso específico que transmitir, por eso es necesario aclarar que esa primera interpretación era, a su vez, muy limitada, el autor debía guiar al lector y difundir su mensaje casi de manera textual. Según Acosta (2009), de esta tarea se encargó el prólogo, las notas de editores y traductores, y los epílogos o conclusiones, en las que muchas veces la voz del autor volvía para cerrar la obra, como sucedía precisamente con las novelas por entrega, en las que algunas veces la obra al finalizar era explicada por su autor. La presencia indirecta, por su parte, fue a través de los diálogos y pensamientos de los personajes ejemplares.

Siguiendo a Acosta (2009), el narrador guiaba la interpretación de la obra, se encargaba de hacer preguntas, las mismas que el lector haría, y darles respuesta. Y por el carácter fragmentado de la novela era importante que los narradores, primero, mantuvieran cierta linealidad, y segundo, con el objetivo de que el lector no perdiera el interés y finalizara la obra, generaran tensión a través de pequeñas ideas que daban pistas acerca del desenlace de la historia. Para un ejemplo de esto es preciso retomar la novela *Dolores*, de Acosta, y la constante mención del triste final que le espera a la protagonista, de manera que el lector se dejaba llevar por la curiosidad y permanecía atento.

Sobre los tipos de narradores puede decirse que el más utilizado en las novelas, sobre todo de tipo histórico, era el personaje que recontaba la historia de tal manera que le otorgaba cierta verosimilitud a la narración. Este narrador testigo “[...]percibe que la historia debe ser escrita y conservada, usualmente para transformar la conciencia de los lectores” (Acosta, 140), lo que ya indica que quien lo lee y narra busca moralizar con su relato, como sucede en la obra de Acosta *El corazón de la mujer* en la que diferentes mujeres narran situaciones que conocieron le pasaron a otra mujer, de manera que enseña

sobre temas relacionados con el matrimonio, la fiesta y la belleza, entre otros. *Dolores* también tiene este mismo narrador.

Por su parte, el narrador en primera persona, aunque no muy común, hizo presencia especialmente en las novelas a manera de anécdota. Este tipo de narración revela una mayor carga sentimental, por ser un relato más personal, usa vocablos propios y locales y permite una relación más próxima entre lector y texto, lo que facilita su aprehensión. Empero, omite detalles de la historia ya que narra solo lo que el personaje conoce.

Por último, con el narrador omnisciente se hizo más obvia la presencia del autor, quien para exponer sus ideas hizo uso de diálogos, preguntas a los personajes y confrontación ideas. Este tipo de narración, presente en *Teresa, la limeña* de Acosta, guía y cuida al lector en la medida que “[...]se le da la información de que carece, se le explican los acontecimientos, se le permite el llanto, se le reconoce su indisposición ante los acontecimientos” (Acosta, 149). Asimismo, permitió la anticipación de la lectura, no contó sino explicó, dio una ubicación temporal y permitió las comparaciones y referencias, como en el relato del viajero, en el que se exponen mundos ajenos en comparación con el propio (Acosta, 2009).

La propuesta liberal sobre este tipo de comparaciones aceptaba la idea que la referencia a mundos extraños consolidara un imaginario de Nación, por lo que tampoco se opuso a la publicación y lectura de obras extranjeras. Por su parte, el modelo conservador prefería la referencia a España por ser este el modelo a seguir, y a Roma, ya que era el lugar donde reposaban los ideales de la configuración nacional cristiana que se buscaba imitar. La diferencia entonces no era grande,

Las miradas de Europa de los liberales y la Europa de los conservadores compartieron la voluntad pedagógica, el rechazo del esteticismo –que hace que los autores se inclinen por lo útil y lo edificante más que por lo bello-, la visión de Europa como fuente de instituciones ejemplares y la fascinación por los signos exteriores de la modernidad europea (Acosta, 232).

Así, el mayor enfrentamiento entre los partidos radicó, según Acosta (2009), en la concepción acerca de la Iglesia y su papel en la política y economía del país, que como ya

se vio, conservadores apoyaban y liberales no. Sin embargo, la tensión entre ambos grupos fue determinante en el proceso lector, de tal manera, que escritos de uno u otro partido hacían constante presencia en la literatura nacional, en la que las guerras internas se hicieron letra, y sus héroes y villanos adquirieron una función social.

El territorio y su mirada también cobraron importancia en la recepción de las obras por el uso del costumbrismo. Este era un tema bastante conflictivo, puesto que no solo las fronteras físicas entre países eran poco claras, esto tras la disolución de la Nueva Granada, sino que la prevalencia del regionalismo impedía la cohesión final de todos los habitantes ante un mismo discurso nacional.

Finalmente, la Iglesia fue un elemento condicionante de la lectura. Esta censuró obras que consideró como peligrosas por ser mala influencia y generar malos comportamientos en el lector y en la sociedad, una prohibición en la que la vida del autor también era determinante. Y es que para la Iglesia era más que cierto que el papel de escritor pertenecía solo a Dios, por lo que era la Biblia el libro ideal y modelo a seguir, un texto que no daba lugar a interpretaciones individuales, tanto que su lectura debía ser guiada, una idea que vino a chocar de frente con la revolución protestante que venía apoderándose del mundo tras la traducción de la Biblia de Lutero y las nuevas publicaciones del Nuevo Testamento, en las que se explicaban dogmas que, de acuerdo a los católicos, era preciso no tocar. De esta manera esta institución, respaldada por conservadores, “[...]se convirtió en una manera de autocontrol de las élites, como una forma de autodisciplina[...]

” (Acosta, 101).

Durante esta época cada palabra tenía una intención por debajo. Y es que ante la posibilidad de conformar un imaginario nacional la élite criolla pudo elegir con toda libertad quiénes iban a hacer parte y bajo qué comportamientos e ideales, y para transmitirlos e imponerlos la escritura y la lectura fueron la mejor herramienta. La escritura permitía crear mundos aparte que en realidad no distaban del inmediato, el real, en los que aparecían formas ideales que con suerte iban a apropiarse y a hacerse realidad, puesto que la cercanía entre texto y lector aseguraba la identificación de ese mundo, esos personajes y esos ideales ajenos con los propios, y así la Nación podía irse configurando bajo una sola

propuesta en la que lo americano (de manera especial las razas) era ignorado y desplazado por lo extranjero, lo europeo, que se presentaba ante los ojos de esta élite como lo civilizado, y el progreso era el camino a seguir. Así, la diferencia entre el texto y la realidad radicó en que el primero tenía un carácter ideal, el modelo al que la Nación debía aspirar y que la novela presentaba como una opción posible, una diferencia que en el próximo capítulo se estudiará respecto a las dos obras ya mencionadas de Soledad Acosta, *Dolores* y *Teresa, la limeña*.

Parte III

Mujer al servicio de la Nación

En el prólogo de *Novelas y cuadros de la vida suramericana* José María Samper llama a su esposa Soledad Acosta *hija de la noble patria colombiana*, una calificación que merece, por la fuerte intención de permanecer activa en el proceso formativo de la joven nación colombiana la cual toma forma en la literatura. Y es que si bien la condición de su sexo constituía un obstáculo para una participación directa en la construcción nacional, pensado esto en un ámbito meramente político, Acosta aprovechó su rica educación, inteligencia y habilidad con las letras para crear un imaginario nacional que se presentaría ante los ojos del lector, y posteriormente del pueblo entero, como un modelo a seguir para todos los aspectos que rodeaban y constituían la vida del neogranadino, formas de comportamiento, de hablar, tradiciones a seguir o costumbres a olvidar. De esta manera, este último capítulo se dirige directo a la obra de esta escritora, específicamente a las novelas *Dolores* y *Teresa, la limeña*, y a la manera en la que, a partir de estas, Acosta buscó configurar un ideal nacional.

En el capítulo anterior se vio cómo la novela adquiere gran importancia en el siglo XIX. Varios escritores aprovecharon este medio para imponer ideales en ese entonces considerados correctos según determinado grupo social. Los modos de actuar se representaron en héroes y antihéroes, los primeros iban en busca de una felicidad romántica que no lograba llegar o lo hacía, pero a través de la muerte y no de la realización de su amor.

3.1 *Dolores* (EL MENSAJERO, 1867)

Dolores es la historia de una mujer hermosa, “la flor más bella de aquellas comarcas” (Acosta, 45), quien rápidamente cautiva la admiración de un joven igual a ella, es decir, un hombre de buena posición y educado, Antonio González, por ello con solo unas miradas y

pocas palabras encuentran el amor verdadero, como lo dice el narrador “No he visto nunca dos personas más adecuadas para amarse y saber apreciar sus mutuas cualidades” (Acosta, 56). Ya entonces en estas primeras páginas es fácil apreciar dos importantes puntos, el primero, que la clase y posición social y, por lo tanto, económica están determinados por la raza y el color de piel que, a su vez, imponen una idea de belleza, y segundo, que el amor ideal se da entre personas que comparten estilos de vida similares, lo cual se refuerza cuando más adelante se lee:

No hay duda que es un grave error el que encierra aquel axioma de que los contrastes se simpatizan. Esto puede dar cierto brillo, animación y variedad a un sentimiento fugaz, una inclinación pasajera; pero entre personas que aman verdaderamente es preciso una completa armonía, armonía en sentimientos, en educación, en posición social y en el fondo de las ideas. La tranquilidad moral es el resultado de la armonía y ese debe ser el principal objeto del matrimonio [...] (Acosta, 56).

Es claro con este fragmento que Acosta buscó transmitir una posición en la que las clases y, por lo tanto, las razas, no debían mezclarse, de modo que utiliza la idea de armonía que, según ella, constituye un buen matrimonio para conservar la pureza racial y así mantener la escala social determinada precisamente por la casta. Y es que la unión era importante porque daría a luz nuevos pobladores y si la raza criolla (a la que pertenecía Acosta y Dolores) era mezclada se diezmaba la validez de noción de superioridad y así se deslegitimaba su posición social y política, lo que hubiera podido ser la puerta de entrada de grupos marginados al gobierno, una terrible pesadilla para la élite.

Acosta en esta primera parte de la novela hace referencia a las fiestas populares del pueblo N***, donde se desarrolla la obra, de manera que expone costumbres propias de la región y de la nación, como se explica en el capítulo anterior (sección 2), sin embargo, es necesario indicar la intención de la escritora de mantener y rescatar lo propio, por lo que dichas descripciones transmiten un ambiente festivo y celebrado por ésta. Asimismo, es interesante notar como en estos espacios confluyen toda clase de pobladores sin que necesariamente se relacionen, lo que da continuidad a la idea de la distancia necesaria entre clases: Dolores, su primo Pedro (narrador), Antonio y demás acompañantes se reúnen en una casa, pertenecen a un mismo círculo social, y al salir a la plaza del pueblo conocen y

disfrutaban de las festividades sin entablar mayor acercamiento con los pobladores hasta que algunos de ellos se animan a bailar con las *ñapangas* y *cintureras*, mulatas y mestizas dedicadas al servicio doméstico, y el repudio no se hace esperar por ese trato de igual a igual. Es también curioso que Acosta se refiere al buen comportamiento del pueblo cuando menciona a estas mujeres, contrario a lo que se pensaría en una fiesta popular en la que abunda la bebida, cuando se lee: “[...]nos dirigimos hacia un baile de *ñapangas* o *cintureras*. Era tal la compostura de estas gentes que las señoras gustaban ir a verlas bailar, sin temor a que sus modales pudiesen ser tachados” (Acosta, 50).

Ahora aparece un personaje bastante peculiar. Se trata de don Basilio Flores, en el cual Acosta personifica la intención no muy útil ni positiva de declarar una posición social y económica que ni la raza ni la cuna respaldan. Y es que don Basilio tenía un pasado oscuro que él mismo escondía, hijo de una campesina fue apadrinado por un español quien le dejó una considerable herencia y lo educó desde muy pequeño, un lazo que no fue suficiente para permitirle ser parte de la élite, de manera que queda claro para el lector que una buena educación y situación económica difiere completamente de la posición social, “[...]haciendo alarde de su riqueza trató de introducirse en la sociedad distinguida, pero fue rechazado con desdén[...]Hablaban inglés y francés con bastante corrección y siempre adornaba su conversación con frases y citas de autores extranjeros[...]citaba a todas manos, mezclando sacrílegamente a Platón, Voltaire, Rousseau y Jesucristo” (Acosta, 52-54). La riqueza en este caso está totalmente desconectada de lo que un hombre *debe ser*, don Basilio, a pesar de su educación y sus viajes, tiene modales más que desagradables, y su pretensión de aparecer como un hombre culto cruza la raya cuando adorna en demasía sus conversaciones y se muestra como un hombre vano y superficial, lo que da una idea de lo cerrado que era el círculo de las clases altas de la época que demostraban a todo aquel que intentaba escalar posiciones sociales que lo único que le esperaba era el ridículo.

El rechazo fue entonces una constante en la vida de don Basilio. Introducirse en el círculo social de los criollos era tanto imposible como hacerlo a la vida política. Así, gobernar fue otro sueño inalcanzable ya que ser parte del mundo político requería serlo también de la élite a la cual buscó sin éxito inmiscuirse, y este intento de participación

terminó no más que en prácticas despreciables: “Se alió con los hombres más corrompidos de uno y otro partido y logró por medio de intrigas formarse cierta reputación entre los escritores públicos del país” (Acosta, 53).

Reaparece acá el elemento de lo físico en relación a una posición social. La descripción de don Basilio es la siguiente, “[...]un hombre de unos cuarenta años, grueso, lampiño, de cara ancha, frente angosta y escurrida hacia atrás: su mirada torva y la costumbre de cerrar un ojo al hablar le daban un aire singularmente desagradable” (Acosta, 51), lo que junto al desdén con el que es mirado por las respetables jovencitas a quienes quiso pretender, entre ellas Dolores, muestran un físico repugnante reflejo de un interior hueco, vulgar y descortés, constituyendo el antihéroe social y criticando toda clase de comportamientos similares.

Como oposición a éste aparece Julián a quien “Su tez blanca y rosada, su talle flexible y su mirada lánguida le habían granjeado la admiración de las señoritas de Bogotá, mientras que la riqueza conocida y la posición que ocupaba su familia le habían ganado el corazón de las madres de familia” (Acosta, 54). La buena apariencia física de este personaje asegura una buena posición social, como se confirma con la lectura y su piel blanca afirma su pureza racial.

Sin embargo, era un *cachaco* que a pesar de la buena fortuna con la que la vida lo recibió tenía algunos defectos que chocaban con el ideal que se buscaba imponer; era mujeriego y de poca inteligencia como resultado de su pereza al estudio, de manera que así, como don Basilio, este personaje sirvió de crítica, ahora para que los hombres como él “que desgraciadamente se han hecho muy común en los últimos años, aumentando sus malas cualidades en cada generación y perdiendo las pocas buenas que los distinguían” (Acosta, 54) rectificaran su camino.

Y si don Basilio y Julián son personajes que representan el *no ser*, es Pedro el ideal del hombre que se *debe ser*. En Pedro las virtudes saltan a la vista, es un hombre educado, de buena familia y buenos modales, pero, sobre todo, leal como ninguno otro, una cualidad admirable y que mantiene incluso poniendo en riesgo su propia vida. Su amor fraternal por

Dolores es grande, así como el de ella por él, como se lo expresa en una carta “Tú has sido siempre un amigo en cuya simpatía creo; un hermano cuyo apoyo ha sido mi consuelo siempre” (Acosta, 82). Asimismo, Pedro sin duda, sabe cómo comportarse por eso cuando es víctima de un enredo, creado por don Basilio, a pesar de su furia mantiene la calma, lo que lo pone ante el lector en una posición muy superior a la de éste.

Hasta este punto la historia de amor de Dolores y Antonio parece ser perfecta y su final, a pesar de la anunciada partida a la capital de éste, comienza a pintarse en una sagrada unión. Pero hay un elemento que se hace recurrente y empieza a predecir un trágico final, y es la mención de Pedro (narrador) del triste destino que le espera a Dolores y que el mismo nombre de la novela, y de la protagonista, anuncia.

Antes de que Antonio se marche a Bogotá parte con Dolores y algunos otros hombres y mujeres a una excursión al campo, de manera que Acosta empieza a introducir la idea de la naturaleza como espacio de tranquilidad y felicidad que se relaciona con el elemento cristiano en la medida en la que es posible acercarse a uno mismo y, por lo tanto, a Dios, contemplando este lugar y alejándose de los vicios del hombre que abundan en la urbe. En este sentido, el pueblo, por ser en gran medida ajeno al ajetreo de la ciudad, es donde se preservan los valores morales cristianos, formas de ser y comportarse que Acosta busca recuperar como quizás la única objeción que le ve a la entrada del mundo europeo moderno a la joven nación.

Finalmente, el trágico destino de Dolores se hace una realidad cuando descubre que su padre, a quien creía muerto, está vivo pero padece una terrible y humillante enfermedad: lazarrillo (lepra), una herencia que marca para siempre su trágico destino, “Al saber cuál es la herencia que me aguarda, todos tratarían de retirarse de mi lado y procurarían descubrir en mí los síntomas precursores; ¡estaría condenada a vivir aislada!” (Acosta, 68), lo que imposibilita la unión de los amantes. Como si fuera poco, Dolores y Antonio se enfrentan a un malentendido originado por las malas mañas de don Basilio y que elimina cualquier posibilidad de felicidad, una patraña que involucra sentimentalmente a Pedro con su prima a tal medida que acaba su amistad con Antonio y su noviazgo y compromiso con Mercedes.

Queda entonces claro que la consolidación del amor de los amantes es irrealizable. De esa manera, de acuerdo a Sommer (2004), se genera en el lector el deseo de construir una Nación en la que sí sea posible la anhelada unión marital, y en la que personajes como don Basilio no tienen lugar.

Luego Dolores cae por el lazarillo y, a pesar de los esfuerzos de su tío, el padre de Pedro, nada se puede hacer. Es sin duda una enfermedad maldita que la condena a la desdicha y pone en evidencia el lado oscuro e inhumano del mundo que habita, “La sociedad es muy bárbara, tía, añadió; rechaza de su seno al desgraciado...” (Acosta, 65), le dice la protagonista a su tía Juana conmovida por quienes padecen este mal sin saber que más adelante ella será uno de aquellos, lo que revela el corazón noble de esta heroína. Finalmente el lazarillo no solo le roba la belleza por la que antes era conocida sino que la aparta de quienes más la aman pero no pueden resistir el desprecio que provoca este padecimiento, razón por la que Dolores decide alejarse de todos e irse a vivir a una cabaña campo adentro. Esta decisión es prueba del comportamiento ideal de Dolores en el que su actuar va en favor del bien familiar antes del propio, sabe que al permanecer con su tía la condenaría al contagio y al rechazo. La heroína, formada por la tía, se tiene asco a sí misma,

-Viviré sola. Mi tía tiene un horror, una repugnancia singular al mal que sufro y se que vivirá martirizada. Por otra parte, es tal el temor que me causa una voz extraña...veo a la humanidad entera como un enemigo que me persigue, que me acosa y he resuelto separarme de todo el que me tema.

-¿Pero cómo?

-[...] viviré aislada, pero en mi soledad estaré tranquila (Acosta, 84).

Así, Acosta retoma la naturaleza ahora como escape ante el asco que Dolores causa a quienes la ven; es su única salida y única cura para la intensa angustia que su enfermedad le produce, “¡Cuántas constelaciones, qué maravillosa titilación en esos lejanos soles, qué inmensidad de mundo y de universos sin fin...! Poco a poco la misteriosa magnificencia de aquel espectáculo fue calmando mi desesperación” (Acosta, 91). Y en esta agonía permanece leal a su amor por Antonio, siempre acompañada por su recuerdo, “[...]hay tal

vez algún ser que me recuerde todavía con ternura; te diré la verdad: la memoria de Antonio me salvó” (Acosta, 91), de manera que Dolores se hace instalar en una cabaña alejada de todo y todos donde finalmente encuentra la paz y la felicidad de una manera cristiana, es decir, a través de la muerte.

Ya en su lecho de muerte, Dolores envía una carta a su primo relatándole una conversación con su tía Juana en la que queda en evidencia todo su dolor y resignación “Hablemos con toda la cordura y resignación que puede tener un cristiano en su lecho de muerte. No permitamos que nos interrumpan lágrimas, y no seamos débiles. El sacrificio indispensable está hecho; aceptémosla como una prueba enviada por la providencia” (Acosta, 89). Finalmente, Dolores muere cumpliendo el deseo de la providencia, *su muerte fue la de una cristiana*, le dice el cura a Pedro cuando le da la noticia de la muerte de su amada prima, y fue así que Dolores, entregada a la naturaleza, encontró la felicidad solo a partir de su propia muerte, imposibilitando de manera total la unión de los amantes.

De esta manera, la única unión que sí tiene lugar en la novela es la de Antonio con una novia que aunque comparte virtudes con Dolores, rasgos propios de una mujer, “[...]una señorita de las mejores familias de la capital, rica y digna de mucha estimación[...]modales cultos, educación esmerada y bondad natural” (Acosta, 94), no alcanza la hermosura de la heroína, una idea que viene a contradecir el equilibrio entre belleza y clase que se mantenía en la obra, pero que se justifica en el hecho de que debe ser comparada con la magnífica belleza de la protagonista. Acosta hace uso de la apariencia física para demostrar la clase y, por consiguiente, la raza a la que pertenece Dolores, su piel más que blanca constata su pureza racial e, incluso, Pedro menciona cómo el color de piel de su prima no es propia de la región, lo que hace una referencia directa a la piel europea, el modelo pretendido por la élite.

Un año más tarde, en 1868, Acosta publica en *La Prensa* una nueva novela titulada *Teresa, la limeña* en la cual la temática del amor frustrado se repite.

3.2 Teresa, la limeña (LA PRENSA, 1868)

Un cuadro recurrente abre la novela, un balcón que da al mar y es invadido con la música de las olas que rompen unas sobre otras. Aún Acosta no lo dice, pero es este lugar el que Teresa y el lector asociará con la tranquilidad, de manera similar a cómo Dolores encontró refugio a su mal campo adentro, una idea que trae del romanticismo y que se explica en el primer capítulo (sección 2). Y desde el inicio ya el lector se da cuenta de la profunda tristeza que ataca a Teresa, tal vez consecuencia de una enfermedad que “había velado el brillo de sus ojos y daba una languidez dolorosa a sus pálidas mejillas; su abundante y sedosa cabellera, desprendida, se derramaba sobre sus hombros con descuido e indiferencia que indicaban sufrimiento” (Acosta, 104). Pero más adelante unas palabras delatan que este dolor es mera consecuencia de un mal del corazón, un amor que empieza a presentarse como utópico y frustrado, semejante a la historia de amor de Dolores y Antonio, “¡Roberto no podrá creer nunca cuán suyo fue este corazón, y no comprenderá como me importuna a veces lo pasado!” (Acosta, 2004, p. 105). Pero si Dolores encontró consuelo en la ineludible muerte, esta obra abre con el desconsuelo físico y moral de una mujer tras conocer y entender la imposibilidad de su amor, sin siquiera poder acercarse a una efímera felicidad.

Los escritos de Acosta, desde sus colaboraciones para *Biblioteca de señoritas*, revelaron una fuerte preocupación por la formación especialmente de mujeres, y en su obra *Dolores* ya representa un ideal de entrega cristiana, por lo que en el personaje de Teresa el lector encuentra, aparte de algunas virtudes que comparte con Dolores como la devoción por la familia y un comportamiento exquisito, la entrega por el estudio, que en este caso se presenta como forma de escape ante el dolor y los pesares, “Pero si no podía ser feliz [Teresa], quiso al menos buscar algún objeto que llenara un tanto el vacío de su alma, y se dedicó al estudio” (Acosta, 161).

Teresa era hija de un rico hombre peruano y una chilena, quien muere cuando la protagonista es aún muy joven. Así, viaja a Europa donde realiza todos sus estudios, aprende otras lenguas y conoce a quién será su más cercana amiga, Lucila de Montemart.

De esta manera, Acosta contrasta la imagen americana con la europea, específicamente francesa, y llama a la limeña *perfecta muestra de la ardiente naturaleza americana*, por ser “De formas pequeñas y delicadas y fisonomía expresiva y pálida, su mayor belleza entonces estaba en sus grandes ojos negros y brillantes[...].” (Acosta, 107). Pero si su físico revelaba un carácter americano su forma de ser no se quedaba atrás,

Todo en ella era impulsivo, brillante y fuerte; semejante al mar a cuyas orillas se había criado, se manifestaba quieta y humilde a ratos; pero también sucedía que con dificultad apaciguaba sus cóleras o moderaba sus arrebatos de alegría, que solían animarla contagiando a sus compañeras[...]de índole ardiente y entusiasta, no deseaba esa tranquila paz: soñaba con una vida agitada (Acosta, 107).

Lucila era, por el contrario, de “[...]tez blanca como la leche, cabellera rubia como la de Venus y ojos de un azul oscuro medio abatido por una melancolía genial que conmovía los corazones” (Acosta, 2004, p. 107, 109), y de un “carácter dulce que la distinguía, soñaba con un porvenir de paz, al amparo de algún castillo viejo” (Acosta, 109). Queda entonces marcada la diferencia entre lo propio americano y lo extranjero, una comparación en la que si bien ninguna de estas dos formas demerita la otra, lo vivaz y alegre caen, sin duda, en la figura americana, una belleza que incluso se impone ante la europea cuando Teresa cautiva la atención del hombre que ama Lucila.

Entre estas dos amigas nace un lazo más que fuerte. Las unió no solo su mutuo gusto al estudio, en el que abundaron importantes escritores de la talla de Racine y Lamartine, este último bastante apreciado por editores, escritores y lectores bogotanos de la época (la misma élite criolla), sino la fantasía siempre latente de una vida romántica y un amor ideal.

El romanticismo europeo, publicado constantemente en la Nueva Granada, fue modelo a seguir a pesar de que la existencia de escritores románticos criollos reconocidos sea mínima (Andrés Bello o José María Heredia por ejemplo). Sin embargo, es importante aclarar que el romanticismo criollo tomó un camino distante al europeo, tan solo el mayor influjo del primero estuvo en la novela mientras que el del segundo en la poesía. Así, en Latinoamérica la Independencia pronto se convirtió en la perfecta inspiración romántica, y

lo americano, sus paisajes, el valor guerrero del hombre y su anhelo de paz en tema recurrente.

Entre sueños y amores aparece una idea más que clara que se va a desarrollar a lo largo de la obra y que rompe las ilusiones de ambas jóvenes: la del matrimonio como un negocio en el que influyen elementos básicos para la sociedad neogranadina de la época como la posición social, la riqueza y conveniencias, todos aspectos muy diferentes al amor verdadero y puro que deseaban Teresa y Lucila, y, por supuesto, el lector de la época.

Esta idea aparece por primera vez cuando Lucila se entera del pronto matrimonio de su amado primo Reinaldo de Ville, en una conversación que expresa con total naturalidad la noción del casamiento basado en lo económico y el *que dirán*,

-¿Quién es la novia?

-Una señorita muy rica, hija de un banquero alemán...Reinaldo podría aspirar a un matrimonio más lúcido, pero ha sido muy loco y casi toda su herencia está hipotecada. [...]

-¿Es decir que él no la conocía?...

-No; tú sabes que el matrimonio es cosa seria, y es preciso consultar antes que todo las conveniencias (Acosta, 115).

Es más que evidente que el amor es relevado a un segundo plano, por lo que la idea de amor, ahora ilusoria ante los ojos del lector, se excluye de inmediato del mundo real de Lucila, lo que se confirma más adelante:

-¿Pero seguramente le gustaría la novia?

-No sé... ¡Bah! Será bien educada, y si ahora no la ama después sabrá apreciarla... El matrimonio no es un juego... [...] (Acosta, 115).

Las costumbres americanas también caen en el juego de la conveniencia olvidando la pasión del amor romántico que presentan las novelas y con el que Teresa y Lucila no paran de soñar. Teresa entiende eso cuando llega de nuevo a su país, ahora a Lima, y se enfrenta a los deseos de su padre, reflejo total del mundo superficial que la rodea, y a quien sigue por ser este el comportamiento adecuado de la mujer, sometida a la voluntad de la figura

masculina que gobierna su mundo y su vida, que si bien ahora es el padre más adelante será el esposo. Es un rasgo que hace de esta heroína un modelo ejemplar, tiene un corazón aventurero pero suprime sus propias intenciones y emociones para seguir las de su padre, a pesar de ser banales e ignorar la voluntad de la hija, un concepto propio de la época.

El narrador da cuenta de esto, “¡Cuántos y cuán tristes desengaños para aquella preciosa niña, nutrida con ideas tan falsas de la vida, que esperaba verse rodeada de héroes y encontrar una novela en el corazón de cada persona con quién trataba!” (Acosta, 117), y Teresa comienza a entenderlo cuando por primera vez se fija en un hombre y pone sus ojos en Pablo Hernández, hijo de un arruinado comerciante lo que de una vez acaba con cualquier posibilidad de romance, una realidad que ambos jóvenes conocen, “Naturalmente su humilde posición no le permitía [a Pablo] acercarse a la hija del orgulloso señor Santa Rosa [Teresa], bien que ella lo miraba con bondad, y se redujo a contemplarla de lejos[...]” (Acosta, 116), una desilusión que no tarda en completarse cuando Teresa se entera de la boda del pobre muchacho con una mujer de grande riqueza pero poco atractiva,

[...]era una mujer de unos cincuenta años, gruesa, pero tan prensada en su corsé que respiraba con dificultad; vestía un traje relumbrante, escotado y sus anchas espaldas y pecho voluminoso estaban apenas velados por un pañolón[...]Una espesa capa de pintura blanca, rosada, roja y negra cubría su frente, mejillas, labios y cejas[...]

(Acosta, 118).

Una figura ridícula que no tiene comparación con la belleza ya antes descrita de Teresa y que refleja una parte absurda de la sociedad en la que el dinero no disimula la falta de clase y se hace el hazmerreír de la comunidad. De esta manera, el amor cae ante la conveniencia por primera vez ante los ojos de la protagonista y del lector, y así Acosta expone cómo para la sociedad de la época el matrimonio era considerado una transacción social en la que la alianza más que de los amantes era de las familias y sus correspondientes pasados, lo que hacía imposible la sola idea de ingresar al cerrado círculo social del que hacían parte Teresa, Dolores, incluso Acosta (como la mayoría de los escritores reconocidos), y ciertos criollos afortunados que lograron mantener sus ricas fortunas tras la guerra independentista, porque el solo ser criollo tampoco aseguraba una buena posición social o económica.

Esta noción del matrimonio como negocio se hace más real cuando toca directamente a Teresa, quien obedeciendo el deseo de su padre, y para salvarlo de la ruina, se casa con León Trujillo “[...]con la seguridad de no amar a su esposo, pero con la resolución de cerrar los ojos aun a la realidad desconsoladora de sus sentimientos, y cumplir sus deberes, si no con entusiasmo, a lo menos con resignación” (Acosta, 144). Trujillo era un hombre de veintitrés años que si bien resultaba poco atractivo su buen carácter, excelentes modales y, por supuesto, una fortuna provechosa lo pintaban ante el señor Santa Rosa (padre de Teresa) como el partido ideal. Sin embargo, Teresa no pensaba lo mismo y veía en él un hombre de poca energía y un interior superficial, contrario a su personalidad, lo que poco o nada le interesa a su padre,

-¿Y un matrimonio como éste podrá ser feliz?

-¡No ser feliz!... ¡Qué niñería! Tienes una casa lujosa, cuantas comodidades apetecer, el primer papel en la sociedad, belleza, talento, salud... y ¡no serás feliz!

-Siempre había oído decir –contestó Teresa bajando los ojos-, que en el matrimonio debía haber amor... (Acosta, 133).

Teresa no tuvo más opción, por lo que cae en una profunda tristeza. Acosta remite al lector de nuevo al cuadro que abre la novela. Para Teresa, la casa en Chorrillos y el balcón al mar son el recuerdo de la figura materna, cálida y protectora que ahora no solo se presenta como el espacio que calma su desdicha sino que es el lugar donde surge la esperanza del esquivo verdadero amor, a partir de la leve mención de un nuevo personaje que solo más adelante podrá conocer la protagonista.

Chorrillos es similar a la cabaña a la que Dolores escapó cuando cayó enferma de lazarillo, un espacio y una situación que se repite ahora en esta novela cuando Lucila, amiga de Teresa, se enferma de los pulmones, pierde todo rastro de belleza, queda aislada, pues aunque vive con sus padres ellos son una pobre compañía y, finalmente, muere. Asimismo, Lucila encuentra paz en la contemplación de la naturaleza “Mi mayor placer es sentarme, al caer la tarde, a la ventana de mi cuarto y contemplar el paisaje que desde allí se descubre” (Acosta, 167). Es entonces claro que el campo es para Acosta un espacio ideal,

tanto en América como en el Viejo Mundo, contrario a las ciudades y grandes metrópolis donde algunas conductas traicionaban las buenas costumbres.

Ni Teresa ni León encontraron felicidad en su matrimonio, “Teresa no podía menos que confesarse a sí misma que no era feliz... pero los dos padres estaban perfectamente satisfechos, por cuanto habían hecho un buen negocio sin tener en cuenta para nada las dos víctimas...” (Acosta, 152), la pareja permanecía distante a razón de los negocios de León, y a pesar de la buena condición social y económica de la que gozaba, esta heroína parecía condenada a una vida eterna de tristeza, además cada vez más decepcionada de ese mundo de lujos, mentiras y apariencias que la rodeaban “[...]iba aturdida [Teresa] y llena de tristeza con la pintura de las intrigas, ridiculez y vaciedad que reinaban en medio de aquella sociedad que parecía tan amable y franca” (Acosta, 125). Acosta critica a la sociedad de la que hace parte, un mundo elitista criollo que busca infructuosamente emular modelos europeos sinónimos de clase y estilo, que aplican tanto en la literatura (publicación e imitación de poesía romántica y posteriormente cuadros de costumbre), como en el diario vivir con la apropiación de costumbres ajenas, tal es el caso de la ceremonia inglesa del té o la moda europea, sobre todo, en el caso de las mujeres y sus pomposos vestidos (Romero, 2001).

Para Romero la escritora utilizó no solo este tipo de mención sino personajes específicos atiborrados de defectos de manera que contrastaran con su personaje principal, Teresa, en quien las virtudes sobresalen: es una mujer de buen corazón, entregada a su familia, con un comportamiento ideal, leal, culta e indiferente a los enredos y patrañas de quienes la rodean y, sobre todo, con la ilusión del amor verdadero, que si bien mermó al casarse está pronta a revivir: “Amar y ser amada era su delirio, el ideal de su vida, único sentimiento que creía podía llenar una existencia” (Acosta, 173).

Así aparece de nuevo en la escena el personaje que ya antes Acosta mencionó cuando Teresa descansaba en Chorrillos, Roberto Montana, un músico que se describe diferente a otros hombres y que se pinta más adecuado para el carácter vivaz de Teresa, “[...]los [ojos] de Montana eran espléndidos: grandes, negros y particularmente expresivos y brillantes.

En su frente ancha y tersa se delineaban espesas cejas, y su pelo oscuro ondeaba en torno de una cabeza pequeña pero bien formada” (Acosta, 155). Así la agradable apariencia física de Roberto adelanta el interés que suscitará en la protagonista y que pronto se hace mutuo, un amor que se convierte en una turbación para Teresa quien al entender lo que siente hace lo que le es posible para alejarse de aquella tentación, algo que poco le sirve para olvidar al músico, quien parte a Europa. Hay entonces varias razones de peso para que el lector comprenda la imposibilidad de la realización de tan esperado amor verdadero. Primero, Teresa es una mujer casada y totalmente fiel a su esposo, y segundo, la profesión de músico Roberto ya implica que su condición económica y social difiere a la de ésta, lo que se confirma más adelante cuando el padre de Teresa se refiere a él como, “Un aventurero, cuyos padres son desconocidos; un miserable sin más renta que la que le podría proporcionar una voz que no emplea, ni más patrimonio que un par de bigotes retorcidos; sin familia, sin posición, sin precedentes...” (Acosta, 211). A estas se suma una tercera razón cuando León muere un año después y hereda grandes bienes a su viuda bajo la condición de no volver a casarse.

Tras la muerte de su esposo Teresa parte con su padre a Europa, donde nace la esperanza de reencontrarse no solo con Lucila sino con Roberto, quien permaneció siempre latente en su corazón, un deseo que pronto se acaba cuando tropieza con él en París y se entera de la próxima partida de éste a Estados Unidos, sin embargo, es un encuentro que aviva el amor en Teresa y la ilusión en el lector. Europa entonces se presenta como el escape de la vida triste y solitaria de Lima, y en París el lector encuentra un mundo muy diferente al que la escritora había presentado en América, un lugar donde el ruido y el caos componen y describen la moderna metrópoli europea,

Escuchaba como en sueños el rumor eterno de los coches en la calle, que se asemeja a la corriente de un caudaloso río, los que rodando sin cesar van pasando uno tras otros continuamente... A veces un pesado carro hace temblar las vidrieras, y después pasa un ligero coche, seguido de otro que por su andar acompasado y presuroso indica ser carruaje aristocrático, a diferencia del de alquiler, que con sus caballos cansados anda con desigualdad; y cuando pasa un ómnibus vulgar, con el ruido y precipitación de su afanosa marcha cubre el rumor de los demás... (Acosta, 174-175).

La descripción que hace Acosta de París parece ser precisa y seguramente lo es, ya que la respaldan los años que vivió en esta y otras grandes metrópolis, donde el desorden y el bullicio son característicos. Asimismo, es interesante notar como la escritora genera un paralelo entre las diferentes clases a partir de su manera de transportarse.

Finalmente, Teresa se reencuentra con su amada amiga Lucila, quien como ella vio truncados sus sueños e ilusiones respecto al amor para despertarse en la terrible realidad del desamor y la conveniencia, lo que demuestra las similares realidades de dos lugares que a pesar de estar geográfica y culturalmente apartados comparten costumbres, tradiciones y comportamientos que condenan los corazones de ambas mujeres.

Tras una estadía en París, Teresa, Lucila, Reinaldo (primo y amor de Lucila) y algunos familiares más parten a una travesía en el campo. Pronto Reinaldo cae totalmente cautivado ante Teresa, quien, leal a su amor, lo rechaza, “¿No te he dado a entender varias veces que sólo un hombre he encontrado que haya podido conmoverme y que sólo él sería digno de adueñarse de mi voluntad?” (Acosta, 197). Como respuesta al comportamiento de Reinaldo la lectura pone en evidencia el comportamiento egoísta del hombre, quien aprovecha la posición de superioridad ante la mujer para gobernarla a su antojo sin importarle sus deseos, emociones o pensamientos, una situación antes clara con el personaje del padre de Teresa, a quien ella obedece sin oponerse y lo que entonces constituye un comportamiento correcto en la mujer, pero sobre el cual ahora expresa su descontento, “¡porque los hombres sólo piensan en sí mismos, y no ven ni comprenden sino lo que puede importarles personalmente o les interesa! [...] Aún no había aprendido, a su costa, que los hombres son esencialmente egoístas y que hay días en que nada puede satisfacerlos” (Acosta, 199, 218), una conducta que se extiende a Roberto por lo que se hace clara la crítica a los hombres en general.

Ante esto, la mujer nada puede hacer. Acosta aprovecha los pensamientos de Teresa para revelar una verdad que toda mujer debía callar. En esta novela la protagonista obedece los deseos de su padre y aunque intenta oponerse en algunas decisiones (al tratar de evitar su matrimonio con León Trujillo o al revelar su amor por Roberto) finalmente sigue la

voluntad de éste, una conducta que la perfila como mujer ejemplar. Sin embargo, la posibilidad de leer sus pensamientos permite conocer su inconformidad ante dicha situación, aunque nada pueda hacer. En *Dolores* esta situación poco puede percibirse dado que no hay una figura masculina de autoridad similar a la del padre de Teresa, Pedro es tal vez el hombre más cercano a la protagonista pero se trata de una relación casi de hermanos en la que la voluntad de éste incluso se opaca ante el deseo de Dolores de mantener en secreto su enfermedad. De manera similar, la tía de Dolores obedece los deseos de la protagonista cuando ella decide huir al campo, y es una figura sometida más que a un hombre al *que dirán* de la sociedad, razón por la que mantiene en secreto su relación con el padre de Dolores.

Dolores y su tía Juana son dos personajes similares. Ambas son mujeres solitarias que a pesar de no tener una fuerte figura masculina al mando se saben comportar como la sociedad lo exige. Además, Dolores, al haber sido educada por su tía, sigue sus mismos principios y valores, a tal punto que el lazarillo genera en ella un desprecio propio. Incluso resiste la intención de correr tras su padre, por quien revela un gran amor, para mantener la compostura como su tía lo ha hecho tantos años. Sin embargo, es en la protagonista y en sus actos generosos que el lector encuentra un verdadero corazón noble: Dolores es tan sublime que la felicidad la obtiene en la muerte, la unión con Dios, tras un largo martirio, lo que eleva aún más su *ser* ideal.

Acosta dirigía sus escritos principalmente a las mujeres¹⁵ y por ello revela sentimientos propios a éstas, el deseo de un amor verdadero o la frustración ante los mandatos masculinos, aun así, se cuida de dejar claro el comportamiento adecuado que la mujer debe asumir ante estos y en el cual obedece a pesar de sus propios pensamientos o sensaciones.

Pero así como se refiere a este proceder inadecuado en los hombres, critica también el de las mujeres con el personaje de Rosita Cardoso. Este personaje aparece cuando Teresa llega a Lima por primera vez y en ella el lector encuentra todos los vicios contrarios a las

¹⁵ Esto lo revela su participación en *Biblioteca de señoritas* y la constante selección de personajes principales femeninos en sus obras.

virtudes de la heroína, a pesar de ambas pertenecer al mismo mundo. Rosita está cegada por el deseo de figurar social y económicamente, lo que de una vez la presenta como el modelo a no seguir, contrario al ideal de mujer. Y por este afán de vida social es que se acerca y busca entablar una amistad con Teresa, quien responde con poco entusiasmo, ya que pronto descubre su gusto por los enredos, chismes y toda clase de patrañas. Además, Rosita estaba interesada en exceso en la vida de los otros, se dejaba llevar por las conveniencias y le atraída más de lo prudente el contacto con los hombres, razón por la que al final se ve repudiada por todas las mujeres de bien,

La limeña estaba todavía hermosa [Rosita], bien que empezaba a necesitar muchos cosméticos para sostener sus pretensiones; pero en cambio su espíritu de agriaba cada día más, y sus malos sentimientos se habían desarrollado[...]La reputación de Rosita había sufrido, y aun en una sociedad como la de Lima, que no se toma la pena de indagar mucho en la vida ajena, empezaba a sentir un vacío en torno suyo y pocas mujeres la visitaban (Acosta, 208).

Ante este rechazo, Rosita responde de manera propia a su pobre personalidad, “Ella decía que esa repulsa de parte de las mujeres de la sociedad limeña, provenía de la envidia que tenían al verla tan rodeada de hombres, pues a medida que perdía amigas antiguas, su círculo de hombres de aumentaba” (Acosta, 208). La crítica a esta clase de mujeres es clara, representan un estereotipo a eliminar, si bien es hermosa, su forma de comportarse acaba lentamente con su belleza, y su pretensión hacia los hombres es exagerada y mal vista, lo que enseña a las jóvenes lectoras que esta conducta solo les ocasionará el rechazo, y que, a pesar de una bella apariencia, lo que destaca a la mujer es su ser interior, como en el caso de Teresa.

A este grupo de mujeres se unió Teresa, quien acabó su amistad con Rosita al llegar nuevamente de Europa. Y fue una enemistad que creció porque Rosita, como antihéroe de esta novela y cegada por los celos, buscó separar a Roberto y Teresa, un amor que por fin tiene lugar cuando algunos días antes del regreso a Lima los amantes coinciden en Nueva York y posteriormente en la embarcación que los devuelve a Lima, dando inicio a la anhelada historia de amor. Así, el lector ve como se hace factible la unión de los amantes, un sueño cada vez más real como la realización de su Nación, ya que cabe recordar que,

siguiendo a Sommer (2004), la posibilidad de unión de los amantes en el matrimonio era entonces prueba e incentivo de que la configuración de una Nación era igualmente factible. Es un momento importante porque dicha realización por fin tiene lugar y Teresa encuentra la felicidad con la que desde pequeña soñaba, una alegría que tanto los amantes como el lector saben tiene mucho que enfrentar para su final y total unión.

Y mientras que en *Dolores* se entiende que la armonía de los amantes, necesaria para dicha realización del amor, debe basarse tanto en los sentimientos como en la posición social, en esta novela la idea que da Acosta es diferente, puesto que existe armonía entre Roberto y Teresa a pesar de sus diferencias, “¡Oh, puro amor de dos corazones del mismo temple, de dos espíritus que armonizan perfectamente!” (Acosta, 217), sin embargo, son dos amores que coinciden en su final con el desamor y separación de quienes se aman.

A la llegada a Lima inicia la separación definitiva de los amantes cuando Teresa confiesa a su padre su amor por Roberto y este enfurecido rechaza cualquier cercanía entre ambos, por lo que sus encuentros se reducen a cartas secretas que permiten al lector conocer de manera precisa los sentimientos y su amor verdadero, cartas en las que empieza a intervenir la oscura presencia de Rosita Cardoso quien ya había declarado amor por Roberto, un amor que difícilmente puede ser comparado con el de la heroína, verdadero y sincero, puesto que solo responde a un capricho y una simple atracción. Aun así, esto es suficiente para que Rosita se entrometa en esta relación y con el pretexto de servir de mano amiga para la comunicación de los amantes, y con la complicidad del señor Santa Rosa y la distancia obligada entre aquellos, enreda la relación a tal punto que separa de manera definitiva a quienes se aman. Así aparece en el plano Carlos Pareja, un nuevo pretendiente de Teresa que si bien no es atractivo si tiene una posición social adecuada para ella, y así sirve de motivo para encizañar el corazón de Roberto.

Teresa quedó condenada al desamor, como Carlos Pareja lo había notado era “[...]una mujer que tenía perdida la facultad de amar” (Acosta, 231), y a un destino que Lucila en su lecho de muerte había predicho, de manera similar a cómo en *Dolores* Pedro anuncia el oscuro porvenir de la historia. Teresa poco o nada entendía de este repentino cambio en su

amante, lo que aumentó su dolor y la hizo culpar a la distancia, “La armonía se ha roto entre los dos con la ausencia; ¡la cadena que nos unía se ha desoldado con la separación!” (Acosta, 223), y así aconseja a todos lo que se aman “¡Oh! Vosotros los que amáis, no os separéis nunca, no os pongáis ese obstáculo entre vuestros corazones” (Acosta, 223), de tal manera que se fortalece el lazo entre ella, su dolor y el lector de la época, quien ante la tristeza de la heroína comprende la imposibilidad del amor en un mundo en el que los intereses sociales y económicos predominan sobre los sentimientos, un impedimento que crece cuando en dicha fría sociedad existen conductas como las de estos antihéroes, Rosita y el señor Santa Rosa. Esto Teresa lo comprende ya muy tarde, sin embargo, su moderada forma de comportarse hace que se quede callada ante tal injusticia, condenada por siempre al desamor.

Dolores y Teresa no lograron nunca la realización de su amor, el primero, un amor entre dos seres que *armonizan* en sentimientos, intereses y posición, impedido por una enfermedad que avergüenza y acaba con la vida de Dolores. En este final el destino de Dolores responde a una orden divina, como la heroína alguna vez lo dice, *una prueba de la providencia*, mientras que en el de *Teresa, la limeña*, el romance es truncado por lo más banal de la sociedad, el dinero, el origen, la posición y el *qué dirán*, que rompe preceptos que entonces se consideraban correctos, como el matrimonio entre personas de la misma condición social y que finalmente cae ante las patrañas de quienes representan lo contrario al *deber ser*. Así, esto conlleva a que el lector se pregunte cuál sería el mundo ideal en el que el romance podría tener lugar, una nueva Nación, precisamente la que se construía, en la que estos impedimentos, de manera específica en el caso de esta segunda novela, no existieran.

Aun así, estas novelas permitieron acercarse a lo propio americano, y si bien en *Dolores* una forma en la que Acosta se acerca a lo tradicional es a partir de las fiestas populares en el pueblo de N***, en *Teresa, la limeña* la escritora se remite a lo nacional a partir del festejo de la Independencia del Perú, el 28 de julio, con una breve descripción del entusiasmo que invade a los peruanos al llegar este día,

En las calles, en las plazas, en las fondas, en las casas particulares, se reúne la gente para cantar el himno nacional. El regocijo de un país entero, la alegría general de todo un pueblo, es un espectáculo interesante en extremo[...]Todas las señoras estaban vestidas idénticamente, llevando los colores nacionales, blanco y rojo; y muchas banderas adornaban el escenario[...] (Acosta, 2004, p. 229).

El festejo por la Independencia era una celebración americana, por eso la escritora no tarda en mencionar a quienes hicieron posible la libertad, “Por las calles pasaban largas procesiones de gente a caballo, a pie y en coche, que escoltaban carruajes abiertos que llevaban los retratos del libertado Bolívar, de Sucre, San Martín y otros próceres” (Acosta, 229), de manera que llega a todas las naciones suramericanas que vieron desfilar a estos héroes.

Era importante nombrar lo propio porque el escritor debía hacer partícipe de la historia al lector quien, al reconocer estos espacios, comprendía que era su sociedad y su vida la que se relataba, y era en su Nación donde el cambio debía ocurrir, es decir, donde estos nuevos modelos tendrían que reemplazar formas inapropiadas para el desarrollo de la sociedad que impedían su total y final consolidación personificada en la unión de los héroes de las novelas. Además, con la mención de elementos autóctonos el escritor daba la posibilidad, y el lector de entonces la aceptaba, de que el exterior conociera y reconociera estas nuevas Naciones que necesitaban figurar ante el mundo entero como tales.

A partir de estas novelas Acosta criticó formas de comportamiento e impuso un modelo correcto, según ella, adecuado para la sociedad en la que vivía y que hacía parte del proceso de consolidación nacional que se llevaba a cabo. Era necesario crear este ideal nacional en el que las virtudes se destacaran por encima de los vicios que poco a poco se introducían en la comunidad americana, como resultado de una nueva libertad que respiraba Europa tras su avance hacía la modernidad, valores y costumbres que siguieran la moral cristiana que, lentamente, perdía importancia en la ciudad pero que el campo aún conservaba, lo que hizo de éste un espacio ideal: Dolores encuentra la paz en la naturaleza alejada de todo y de todos, y Teresa ve en Chorrillos, en oposición a la urbe representada en Lima y el caos de París, ese espacio de tranquilidad, el recuerdo amoroso de su madre y la única posibilidad de cercanía con su amado Roberto.

Conclusiones

Cuando la imprenta llegó a América el mundo de las publicaciones se reducía al ámbito religioso; era, sin duda, un arma necesaria para continuar y expandir el proceso de evangelización que los españoles habían empezado desde su llegada varios siglos atrás. Pero con el inicio de las guerras revolucionarias y el consiguiente proceso independentista a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, la imprenta adquiere una nueva función ahora al servicio de patriotas y realistas cuando empieza la publicación de periódicos en favor de estas causas y que posteriormente, años más tarde, serían utilizados para la construcción de un discurso nacional a partir de la literatura.

La Independencia no fue un proceso sencillo en la Nueva Granada. Primero, duró casi diez años entre revoluciones y la reconquista española encabezada por Pablo Morillo, un hecho que acabó de manera sangrienta con la vida de grandes personajes revolucionarios. Segundo, generó conflictos internos ya que si bien los criollos buscaban con ansias la libertad americana, este era un deseo no común a todos los neogranadinos quienes se dividieron en realistas, fieles a la Corona española, y patriotas vencedores, entre ellos Antonio Nariño. Y tercero, la época de gobierno conocida como *La patria boba* y los siguientes intentos por establecer un gobierno que se movía entre federalistas y centralistas demostraron la incapacidad de los criollos de conformar en este territorio una verdadera Nación. En todo caso, hacia la mitad de los años veinte Centro y Suramérica gozaban de una relativa autonomía respecto a la metrópoli, lo que les dio la oportunidad de cambiar y convertirse en una Nación de manera similar a como una parte de Europa lo estaba haciendo.

Igualmente, este proceso trajo importantes consecuencias al mundo americano: los españoles fueron expulsados del continente y, por lo tanto, los criollos asumieron el poder económico y político de una América devastada en la que los recursos escaseaban y el gobierno no lograba estabilizarse. Además, tras la partida de la Corona española miles de indígenas, campesinos y esclavos quedaron desprotegidos y sometidos a la discriminación

de su raza, una situación que también repercutió en el proyecto nacional cuando los criollos desecharon de su discurso a la mayoría de estas castas marginadas, ya que si bien apreciaban algunas, como es el caso de los mestizos, la mayoría, sobre todo, esclavos y quienes no vieron su emancipación sino décadas después de la Independencia, fueron desdeñadas por su sangre. Era en ese entonces imposible para cualquier raza siquiera pretender pertenecer a una clase que no respaldara su nacimiento, una idea fundada a través de la literatura.

De esta manera, el primer capítulo trató este complejo proceso independentista que hizo surgir la necesidad de un nuevo discurso neogranadino, explicó por qué fueron los criollos quienes emprendieron este trabajo y señaló cómo la prensa y el mundo escrito participaron en la Independencia para finalmente convertirse en parte fundamental de la construcción nacional.

Para la elaboración del discurso de nación no bastaba la mera prensa, sino que era necesario encontrar una vía que lograra una mayor conexión entre el que escribía y el que leía, para lo que la novela se pintó como el mejor camino. Así, este género explicaba a los lectores la situación que América acababa de superar, a través de las novelas históricas, y les daba las bases para ser parte del proyecto nacional y construir la nueva patria: se debía encontrar y transmitir algo propio que los identificara e hiciera parte de ese mismo espacio, pero que los distinguiera de los otros territorios. Una tarea más que compleja en el caso de Nueva Granada, dado que ese elemento se movía entre la imitación del mundo europeo, la conservación de ideales cristianos y el rechazo de lo más americano, es decir, las razas autóctonas y otras castas, todas marginadas.

Así, la novela adquirió importancia en la medida en la que una élite intelectual criolla la utilizó para plasmar y expandir su discurso y así llegar de manera más amena al grupo lector, es decir, un selecto grupo de la población neogranadina que se encausó con los romances y su Nación, resultado del fuerte lazo entre pasión romántica y pasión por la Nación. Se trataba de una relación en la que el amor en la novela se equiparaba al del lector por su patria en la medida en la que la unión de los amantes, tan deseada, significaba la

configuración de la Nación. Y como sucedía con los héroes pasaba con la patria, ya que ambos debían superar un sinnúmero de obstáculos para poder establecerse, y entre más pruebas a superar mayor la intención del lector por la consolidación del amor.

Como parte del proyecto los escritores de la época, entre ellos Soledad Acosta, aprovecharon sus personajes para imponer un modelo a seguir de comportamiento, personificado en los héroes, y criticar el que consideraban incorrecto, que tomó vida en los antihéroes. Estos últimos también representaban el mayor obstáculo para la consolidación de la pareja y en muchos casos impidieron la unión, lo que, según Sommer (2004), hizo surgir en el lector la idea de una nueva Nación en la que esta clase de personajes no tuvieran lugar.

Por su parte, era claro quiénes consideraban los criollos partícipes de la nueva Nación: los héroes de las novelas eran en su mayoría personajes de raza blanca a quienes su clase y su bella apariencia física los distinguía, asimismo planteaban un ideal en cuanto a la forma de comportarse y pensar. De este modo, la novela transmitió una idea según la cual la Nación debía estar compuesta por seres de este estilo, una imitación física de la raza europea considerada entonces como pura, y que, por supuesto, demeritaba y excluía la raza propia, la indígena, y demás cruces.

Por eso mismo ambos héroes, los dos amantes, debían ser iguales y pertenecer a una misma clase social y racial, lo que tampoco aseguraba la final unión ya que entonces era común que apareciera algún obstáculo que impedía la realización del amor. Y si ocurría lo contrario y uno de los amantes no cumplía dicho requisito, era impensable el matrimonio, puesto que se estaba rompiendo el orden que la élite criolla buscaba seguir.

La heroína debía ser la imagen de la mujer perfecta, de acuerdo a los preceptos de la época, una mujer sometida sin disgusto (aparente) a las decisiones de quienes representan su autoridad y que casi siempre se trataba de una figura masculina, su padre o su marido. Ella sigue fielmente las costumbres y tradiciones cristianas, consideradas las correctas a enseñar, razón por la que en algunos casos solo encuentra la paz a partir de su unión con Dios, en la muerte.

Pero para poder transmitir estas ideas fue necesario que el lector se identificara con lo que leía, y la novela de costumbres con la mención de ciertos lugares o jergas locales, la descripción detallada de costumbres y tradiciones se hizo el medio ideal por permitirle reconocer ese espacio como suyo.

Con la exposición de cada uno de estos elementos propios de la novela, el segundo capítulo explicó por qué este género fue considerado el medio ideal para proponer e imponer dichos modelos, y la élite criolla la encargada de seleccionar y excluir la población que tendría que ser parte del discurso nacional. Asimismo, la descripción en la novela de los aspectos propios de cada país y de cada región propició que el lector nacional se identificara y apropiara de los modelos enseñados, y le permitió al extranjero conocer este territorio, sus paisajes, sus costumbres y su gente, o por lo menos, el arquetipo con el que se soñaba.

Finalmente, el tercer capítulo demostró por qué la obra de Soledad Acosta hizo parte de la construcción nacional, específicamente sus novelas *Dolores* y *Teresa la limeña*, olvidadas por el canon.

Aparte de describir tradiciones propias y paisajes tanto urbanos como naturales, en este último surge el elemento romántico al ser espacio de sanación y tranquilidad, en ambas novelas hace presencia una heroína y un antihéroe. Teresa y Dolores, heroínas, son mujeres de excelente posición social y económica, y, por supuesto, agradable apariencia física. De igual modo, se comportan como es debido: Teresa sigue los deseos de su padre sin poner mayor resistencia y Teresa, aunque no tiene una figura masculina de autoridad similar, es leal a su familia. Dos historias de amor con final desgraciado.

Los antihéroes, por el contrario, de pobre apariencia física: don Basilio, en *Dolores*, es descrito como ser sumamente desagradable, y Rosita, en *Teresa la limeña*, pierde poco a poco su belleza como resultado de su sucio comportamiento. Ambos personajes, culpables de la separación de las parejas, son la crítica de Acosta a los vicios del hombre. El primero aspira a pertenecer a un mundo social vetado para él por su oscuro pasado, que no es otro

que el ser hijo de una campesina, y la segunda, el chisme, la envidia y el oportunismo guían su camino.

Así se concluye que Soledad Acosta de Samper participó con sus obras en la creación del discurso nacional. Fue una mujer de rica educación y posición social envidiable, su inteligencia le permitió ser parte de diferentes publicaciones y participar en las tertulias de *El Mosaico*, un grupo de intelectuales políticos que lucharon porque la cultura y la academia tuvieran un lugar importante en la nueva patria. Por lo tanto fue común en esa época asociar lo culto a la élite, la cual logró mantener el poder hasta el nuevo siglo.

Estas dos novelas, solo parte de sus publicaciones, demostraron con la imposibilidad del matrimonio la necesidad de un espacio ideal en el que dicha unión pudiera tener lugar; propusieron un ideal de comportamiento y censuraron su extremo, el no *deber ser*. Por último, sirvieron para describir las tradiciones y costumbres del momento y crear en ese entonces y en el presente una imagen de cómo fue y se comportó la sociedad neogranadina de la época. De igual forma, sus obras son prueba de su afán por educar, especialmente a mujeres, e imponer un ideal de nación en el que solo había espacio para una parte específica de la población de la que ella ya hacía parte.

El proceso independista de comienzos del siglo XIX dejó un vacío que la élite criolla buscó llenar al construir un discurso nacional. De este modo, este grupo tomó el mando no solo de la joven Nación sino del mundo de las publicaciones en el que editores, escritores e incluso lectores pertenecían a una clase determinada, una élite intelectual criolla que escogía y delimitaba lo que se imprimía, fuera propio o extranjero, e incluso el grupo específico que lo recibía. Se volvió así un círculo vicioso en el que quien publicaba terminaba siendo quien leía, excluyendo así a gran parte de la población neogranadina, el grupo marginado al cual el analfabetismo tampoco le permitió acercarse a la prensa, por lo que cuando finalmente llegó a ellos, el discurso de nación se trataba de una interpretación en la que tampoco tenían lugar.

Bibliografía

Acosta, C. E. (2009). *Lectura y Nación: novelas por entrega en Colombia, 1840-1880*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Acosta de Samper, S. (2004). *Novelas y cuadros de la vida suramericana*, Bogotá: Editorial Javeriana-Ediciones Uniandes.

Anderson, B. (1993). *Comunidades Imaginadas*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Camacho Guizado, E. (1982). “La literatura colombiana entre 1820 y 1900”. *Manual de historia de Colombia*, Bogotá: Procultura S.A.

Carilla, E. (1967). *El romanticismo en la América Hispánica*, Madrid: Gredos.

Encinales, P. (1997) “La obra de Soledad Acosta de Samper ¿Un proyecto nacional?. IX Congreso de la asociación de colombianistas. *Memorias*. (edit.) Luque, M. Ordoñez, M. & Osorio, B., Bogotá: s. e.

Gordillo, R. A. (2003), “El Mosaico (1857-1872): Nacionalismo, élites y cultura en la segunda mitad del siglo XIX”. *Fronteras de la historia vol. 8*, disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/833/83308001.pdf>

Isaacs, J. *María*, Madrid: 2004

Ocampo López, J. (1982). “Proceso político, militar y social”. *Manual de historia de Colombia*, Bogotá: Procultura S.A.

Ordoñez, M. (1999). “Soledad Acosta de Samper: ¿un intento fallido de literatura nacional?”, *Cuadernos de literatura vol. 5*, (10), jul-dic, pp. 8-13.

Rama, A. (2004). *La ciudad letrada*, Santiago, Chile: Tajarar Editores.

Reyes, C. J. (1995) “El teatro de Soledad Acosta de Samper”, *IX Congreso de la asociación de colombianistas. Memorias*. (edit.) Luque, M. Ordoñez, M. & Osorio, B., Bogotá: s. e.

Romero, J. L. (2001). *Latinoamérica las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.

Sommer, D. (2004) *Ficciones Fundacionales*, México: Ediciones Fondo de Cultura Económica.

Samper, S. (2010), “Soledad Acosta de Samper (1833-1913)”, Biblioteca Virtual del Banco de la República, disponible en:

[http://www.temascalombianos.com/%20Los%20Piratas%20De%20Cartagena%20Folder/Soledad%20Acosta%20de%20Samper%20\(1833-1913\).pdf](http://www.temascalombianos.com/%20Los%20Piratas%20De%20Cartagena%20Folder/Soledad%20Acosta%20de%20Samper%20(1833-1913).pdf)

Periódicos del siglo XIX

BIBLIOTECA DE SEÑORITAS. Bogotá, enero 3 a marzo 14 de 1858.

ESTRELLA NACIONAL. Bogotá, enero 1 a abril 17 de 1836.

EL MENSAJERO. Bogotá, enero 8 al 20 de 1867.

EL MOSAICO. Bogotá, diciembre 24 de 1858 a agosto 29 de 1859.

EL NEO-GRANADINO. Bogotá, octubre 11 de 1855 a junio 10 de 1856.

LA PRENSA. Bogotá, junio 9 a julio 24 de 1866.

marzo 17 a mayo 29 de 1868.